

Hacia una permanente renovación

«Señor, un nuevo año llega, y aún no has regresado...». Se cuenta que un querido siervo del Señor, cada mañana abría su ventana y, mirando a los cielos, reclamaba al Señor su promesa de regresar.

El mensaje que fluye a través de estas páginas advierte a no establecernos en una medida parcial del conocimiento de Cristo mismo y del propósito de Dios. Nuestra frágil naturaleza tiende a detenerse, a conformarse con algún pequeño logro y, consecuentemente corremos el riesgo de dormirnos y, peor aún, de llegar a ser incapaces de leer las claras señales de nuestro tiempo.

Sabemos que el Espíritu Santo está trabajando arduamente en todos los rincones de la tierra donde encuentre corazones expectantes, «preparando a la novia», a la iglesia amada del Señor, advirtiéndonos acerca de las sutiles estrategias del enemigo que gobierna a este mundo postmoderno, entregando abundante provisión a Su pueblo, para que resultemos aprobados, no solo en las tribulaciones que prueban nuestra fe, sino también en medio de la engañosa prosperidad material que prueba nuestro amor por su bendita Persona.

A partir de esta edición, entramos en el año quince, contando desde el inicio de la revista. Agradecemos vuestras oraciones, pues ellas nos han sostenido hasta hoy. Hemos introducido algunos pequeños cambios técnicos para facilitar la lectura de los mensajes. Uno de los desafíos para el presente año será actualizar nuestra página web, con más recursos que optimicen el acceso al material que allí disponemos.

Permita el Señor que los mensajes de la presente edición lleguen a buen destino, a consolar y alentar el corazón de muchos de sus siervos.

La mentalidad imperante en el mundo de hoy representa, entre otras cosas, una forma de relativismo cultural acerca de cosas como la razón, la verdad, los valores, el yo y otras nociones.

El Postmodernismo

Una de las corrientes de pensamiento más influyentes de nuestro tiempo es el llamado Postmodernismo. Aunque tuvo su origen en el ámbito académico, su influencia se ha extendido a mundos tan diversos como los de la educación, la política, los medios de comunicación e incluso, la religión.

Hace poco tiempo una profesora contaba que en una conversación con otros colegas, cristianos la mayoría de ellos, surgió una discusión sobre la naturaleza de «la verdad». Para su sorpresa, la mayoría de ellos defendió que la verdad objetiva no existe, sino que existen verdades particulares y subjetivas, que dependen de convenciones sociales, condicionamientos culturales y preferencias individuales.

Lo sorprendente es que todo ello fue sostenido por personas que afirman ser seguidoras de Aquel que afirmó

inequívocamente, «yo soy... la verdad». Sin embargo, nadie, excepto la profesora, pareció percibir la contradicción implícita entre ambas posiciones.

La historia anterior ilustra muy bien hasta que punto somos capaces de adoptar cosmovisiones que, en muchos de sus aspectos, chocan abiertamente con la visión cristiana del mundo, sin estar conscientes de ello.

Una de esas cosmovisiones es el postmodernismo. El filósofo cristiano J. P. Moreland nos dice que, según el postmodernismo, «la realidad, los valores y la verdad son convenciones arbitrarias relativas a diferentes culturas». Este punto de vista es sostenido por una amplia y variopinta coalición de pensadores, distribuidos a través de varias disciplinas, de manera que es difícil definir el postmodernismo de una manera que haga justicia a todos ellos. No obstante es

posible afirmar que el postmodernismo es una noción tanto histórica como filosófica.

Reacción contra la modernidad

Desde un punto de vista histórico, el modernismo es una reacción en contra del periodo histórico conocido como modernidad. Aunque este periodo comenzó en el Renacimiento, alcanzó un desenvolvimiento pleno durante la Ilustración en los siglos XVIII y XIX. Pensadores como Descartes, Hume, Locke y Kant son representativos de ella. A grandes rasgos, la modernidad estableció la *razón científico-técnica* como única fuente autorizada de conocimiento cierto o verdadero acerca del mundo.

Dicho de una manera bastante simplificada, la modernidad se estableció sobre dos ideas pivotaes: La primera es que *todo* lo que existe es el mundo físico material, constituido de átomos, protones y electrones, auto-explicativo y causalmente cerrado. La segunda es que el conocimiento del mundo es posible únicamente a través de las percepciones de los sentidos, interpretados por la razón. Luego, puesto que cosas como Dios, las normas morales, el alma humana, los valores estéticos y un largo etc. no caben dentro de las categorías mencionadas, estos serán relegados al ámbito de los valores subjetivos.

Sólo de paso, es importante decir que las ideas centrales de la modernidad entrañan una contradicción insalvable, que luego el postmodernismo aprovechará en su crítica contra ella. Porque la idea de que el mundo físico material es todo lo que existe, ante todo, una noción metafísica, vale decir, una noción que estará para siempre fuera del alcance de nuestra percepción sensorial (empírica). De manera que no es posible saber a través de los sentidos que todo lo que existe es el mundo físico material.

Sin embargo, a partir de allí, la modernidad ello estableció una división arbitraria entre hechos y valores. Los *hechos* son aquello que la razón puede conocer de manera cierta a través del uso de los sentidos físicos. Estos son el dominio exclusivo de la ciencia, que vino a ser considerada como la única fuente autorizada de verdadero conocimiento. Por otra parte, las normas morales, dogmas religiosos y principios estéticos, pasaron a ser considerados como meros *valores*, esto es, la expresión de estados mentales, preferencias, gustos y deseos subjetivos sin referencia alguna a la realidad objetiva, esto es, el mundo de los hechos reales.

Esta división fue devastadora para el conocimiento y llevó a una división insalvable entre el campo científico y el campo humanista. La universidad, hasta entonces, poseía una vi-

sión unificada del conocimiento, bajo la noción de que la mente de un mismo Dios creador era la fuente tanto del conocimiento empírico, como del conocimiento moral y religioso. Pero, al desplazar a Dios como fuente final y unificadora del conocimiento, este quedó dividido y fragmentado irremediablemente. Antes de la modernidad, las normas morales y la revelación bíblica también eran considerados hechos reales y objetivos, obtenidos de fuentes de autoridad diferentes a los sentidos y, como tales, capaces de ser entendidos de manera racional.

Pero ahora, religión y moral fueron relegados al campo de los sentimientos subjetivos, y por lo tanto, a la esfera privada de los gustos y preferencias personales, al mismo nivel que los gustos deportivos y culinarios, ¿Y quién tiene derecho a juzgar nuestros gustos deportivos o culinarios, y tratar de imponernos los suyos? De esta manera, se considera que la religión y la moral tratan de cosas relativas y subjetivas, mientras que la ciencia trata de hechos objetivos y absolutos del mundo real.

Esta forma de pensamiento sigue permeando gran parte de la cultura occidental, e incluso, muchos cristianos la aceptan de manera tácita. Se nos dice que «la ciencia trata con los hechos y la religión con los significados». En otras palabras, el cristianis-

mo es tolerado de manera condescendiente siempre y cuando no quiera invadir el mundo los hechos reales, y hacer afirmaciones que impliquen «conocimiento» del mundo real, esto es, sobre cómo son y deben ser las cosas en la realidad. Recientemente, una columnista del diario La Tercera (Chile) expresó este mismo pensamiento, lo que nos muestra hasta qué punto la modernidad sigue vigente hoy, objetando el que los creyentes puedan participar con sus propios puntos de vista bíblicos en las discusiones sobre el aborto, el matrimonio homosexual, etc. Entonces, agrega, de manera condescendiente:

«¿Significa que la creencia religiosa debe ser motivo de ‘persecución laica’? Obviamente que no. Para su propio resguardo debe privatizarse. En una sociedad democrática, la privatización de lo religioso es parte de la garantía tanto de su propia existencia (la democracia), como de la pluralidad de creencias tanto religiosas como seculares».

En otras palabras, el cristianismo no es depositario de ningún conocimiento relevante acerca de cómo son o deben ser las cosas en el mundo público real, y debe permanecer en el área de lo privado.

La Venganza Postmoderna

Desde el tiempo de la Ilustración, las disciplinas humanistas se embarca-

ron en una larga lucha contra el naturalismo científico característico de la modernidad y su hegemonía cultural, que las había relegado el terreno de los valores subjetivos. Sin embargo, por mucho tiempo esa lucha pareció perdida, hasta que la llegada del siglo XX, con todos sus horrores, modificó el escenario. Las barbaries y genocidios del nazismo y los totalitarismos de diverso cuño, agudizaron en muchos intelectuales la percepción de que había algo fundamentalmente errado con el predominio de la razón científica-técnica. Las grandes ideologías por detrás de esos totalitarismos eran hijas del modernismo y, en consecuencia, muchos de ellos comenzaron a sospechar de la razón empírica y su capacidad para traer progreso y felicidad a la humanidad, tal como lo proclama la modernidad. Por ello, comenzaron a aplicar sobre el racionalismo cientificista la misma clase de crítica corrosiva que este había aplicado sobre la religión y las normas morales.

Desde el punto de vista filosófico, el postmodernismo es una redefinición de lo que cuenta como conocimiento verdadero, y representa una forma de relativismo cultural acerca de cosas como la razón, la verdad, los valores, el yo y otras nociones. Recordemos que la modernidad había establecido una diferencia entre hechos objetivos y valores subjetivos y rela-

La tolerancia postmodernista, tan en boga hoy en día, no significa el respeto por personas que piensan distinto, sino la afirmación de que no existen ideas o corrientes de pensamiento más o menos verdaderos que otros.

tivos. El postmodernismo va a dar un paso más allá y afirmar que el mundo de los hechos objetivos tampoco existe. No hay tal cosa como la realidad objetiva, la razón y la verdad. Todas ellas no son más que construcciones sociales, creaciones y prácticas lingüísticas, no relativas a individuos sino a grupos sociales que comparten un mismo relato acerca del mundo, la realidad, la verdad, etc.

En el centro de la crítica postmodernista está la idea de que no es posible acercarse a la realidad sino a través del lenguaje y que este determina la manera como la percibimos. Como lentes que colorean todo lo que vemos, nuestros lenguajes determinan lo que conocemos como realidad. Luego, puesto que el lenguaje

es construcción social, también lo que llamamos realidad lo es. La ciencia, al igual que la religión, la moral, el arte, etc. no son más que diferentes «juegos de lenguajes», sobre los que ciertos grupos sociales se ponen de acuerdo. Como en un juego cualquiera, tenis, fútbol, básquetbol, etc. las reglas son arbitrarias y sólo son válidas para quienes las aceptan y participan del juego

En apariencia, parece que el postmodernismo quita al naturalismo científico su lugar hegemónico, y abre la puerta de regreso a otras visiones del mundo, tales como las que vienen de religión, la ética, etc. Sin embargo, el precio resulta demasiado alto, pues lo hace al costo de relativizar toda forma de conocimiento y volverla irrelevante.

Finalmente, puesto que no existe una verdad objetiva que encontrar allá afuera, todos los «relatos», como la ciencia, el cristianismo, el marxismo, el budismo, etc, pero también la hechicería, el ocultismo, el feminismo, etc. adquieren un status similar y relativo, mientras se vuelven competidores por el poder y la hegemonía cultural. Todo se convierte en una lucha de poder y dominio sobre los otros. La tolerancia postmodernista, tan en boga hoy en día, no significa el respeto por personas que piensan distinto, sino la afirmación de que no existen ideas o corrientes de pensa-

miento más o menos verdaderos que otros. Todos poseen el mismo estatus cognitivo y son relativos a un contexto social y cultural específico. Por eso, la única manera de imponerse a otros es a través de la captura y el uso del poder. En este sentido, el filósofo J.P. Moreland afirma que el postmodernismo lleva a la institucionalización de la ira:

«Los postmodernistas están preocupados con las luchas de poder que rodean el uso del lenguaje y la práctica social, y se ven a sí mismos como parte de un movimiento misionero que busca liberar de los dominadores a sus víctimas impotentes y oprimidas. A menudo practican una «hermenéutica de la sospecha», en la que interpretan el lenguaje corporal, el discurso hablado y escrito, y la comunicación escrita, no en términos de las propias intenciones de los comunicadores sino en términos de su intento de victimizar y dominar al «otro» tal como lo entienden los postmodernistas en su agenda interpretativa (v.g. feminismo, derechos homosexuales, y similares)... Haciendo de las luchas de poder el foco central de la cruzada postmoderna, el movimiento dignifica la ira al institucionalizarla y colocarla en un alto status ideológico, y produce ira al aco-ger la sospecha relacional, según la cual hay un victimizador escondido detrás de cada árbol lingüístico».

Así, el postmodernismo ha sido cómplice en el surgimiento de un mundo lleno de gente indignada.

Por cierto, el pensamiento postmodernista entraña una auto contradicción, a nuestro juicio, insalvable. Por un lado, afirma que todas las corrientes de pensamiento no son más que relatos, estructurados en torno a lenguajes específicos y relativos a culturas particulares. En ese sentido, ningún relato puede reclamar un valor absoluto y universal. Pero, por otro lado, reclama tácitamente para sí mismo un status de de verdad objetiva y universal acerca de todos los demás lenguajes particulares, contradiciendo así su premisa básica. Porque sí su premisa básica es correcta, entonces tampoco el postmodernismo puede poseer validez universal y por lo tanto, la verdad objetiva acerca de todos los otros «relatos». En consecuencia, ya no podría ser verdad que todos los relatos son relativos a su contexto lingüístico y cultural, pues su propio caso sería una negación de esta premisa. El postmodernismo ha probado ser un ácido tan corrosivo, que ha minado sus propias bases de sustentación.

Finalmente, el relativismo postmodernista arroja al hombre a un mundo carente de verdad y significado objetivos. Un mundo donde el individuo se ve obligado a construir sus propios valores y significados sin nin-

guna referencia a una verdad objetiva y superior que lo oriente o conduzca a través de la vida. Pero un mapa de significados propios y subjetivos siempre resultará superfluo al final, porque siempre sabremos que podría haber sido cualquier otro, y que, en realidad, da lo mismo el que sea. En un mundo como ese, donde la verdad absoluta ha desaparecido del mapa, algo tiene que reemplazarla. Y lo que ha venido a ocupar su lugar es la importancia absoluta de satisfacer nuestros deseos. Sin la verdad para guiarnos, nuestros deseos se convierten en nuestros amos. Por ello, en un mundo postmoderno se nos incita de manera constante a perseguir nuestros deseos, y dejar a otros hacer lo mismo. El resultado: hombres y mujeres vacíos y desorientados que, como obsesivos consumidores de comida chatarra, nunca se sacian de nuevas experiencias emotivas y sensoriales, sometidos bajo la tiranía de un conjunto caótico de deseos que luchan en su interior, mientras demandan ser satisfechos.

La recalcitrante imagen de Dios

En la sociedad actual, modernismo y postmodernismo cohabitan en la mente de muchas personas. Para muchos la ciencia sigue siendo la fuente última de autoridad respecto de los hechos de la vida real, pero se vuelven rápidamente postmodernos

en asuntos relativos, por ejemplo, a la moral sexual o la religión. Nadie quiere asumir una posición postmodernista respecto a su salud o su estado financiero. En estos casos, también los postmodernistas quieren conocer los hechos reales y verdaderos, por mucho que su filosofía afirme que tales hechos objetivos no existen. Porque en este, como en muchos casos, la imagen de Dios en el hombre se muestra recalcitrante.

La filosofía modernista afirma que los valores morales son meras ilusiones subjetivas, pero, todo modernista, llegado el caso, exigirá ser tratado con justicia, honestidad y verdad, es decir, conforme a valores morales objetivos, haciendo caso omiso de su filosofía. De hecho, todo el tiempo estamos escuchando como los defensores del modernismo y el postmodernismo intentan imponer su propia agenda moral sobre otros.

Ciertamente, varios aspectos de la crítica postmodernista a la modernidad son correctos y pueden ser acogidos desde una perspectiva cristiana. El problema no está en el diagnóstico de la enfermedad sino en el remedio propuesto para su cura. Termina, recordando las palabras del filósofo Francis Schaeffer, en una huída final de la razón y de la verdad. No deja de ser irónico que la moderni-

dad, en su intento de elevar la razón a un pedestal de suprema autoridad, acabase destruyendo las mismas bases de su credibilidad.

El problema está en que tanto el modernismo como el postmodernismo son filosofías demasiado «delgadas» para dar cuenta de la densidad de la experiencia humana real. El cristianismo no es meramente una fe privada y subjetiva como afirma el modernista, ni tampoco una convención lingüística y social, como afirma el postmodernista. El cristianismo afirma estar en posesión de un conocimiento relevante y verdadero sobre el mundo real. Ese conocimiento es testeable y está abierto al examen de todos los hombres racionales. No puede ni debe ser aceptado como una mera creencia subjetiva. Por el contrario, tiene la capacidad dar cuenta de una manera mucho más rica y profunda de toda la densidad del mundo real y de la experiencia humana. Si una filosofía no puede satisfacer nuestro profundo anhelo por conocer la verdad, o dar cuenta cabal de nuestra experiencia moral, peor entonces para esa filosofía. El cristianismo hace ambas cosas y de manera plena. Y si aún no lo vemos así, se debe a que quizá no hemos comprendido plenamente el poder de estas palabras: *«Yo soy el camino y la verdad y la vida»*.

El Dios todopoderoso, sin dejar de ser Dios, se hace hombre para redimirnos.

La Simiente de la mujer

Henry Law

“ *«Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar»* (Gén. 3:15).

Estas son las primeras palabras de gracia a un mundo perdido. ¿Cuándo fueron pronunciadas? ¿Por quién? ¿A quién? ¿Cuándo? Después que el pecado entró en el mundo, la inocencia desapareció y el hombre se convirtió en una criatura culpable delante de Dios. Había sido dado un mandamiento con el propósito de ver si el hombre amaría, temería y serviría a su Hacedor. Este mandamiento, sin embargo, había sido pisoteado.

Un esfuerzo inútil

Detente aquí por unos momentos y piensa. Hay quien piensa ganar la vida eterna haciendo la voluntad de Dios, pero se trata de un método que ya ha sido probado. Y falló. El resultado fue la ruina más catastrófica. Nuestros primeros padres eran inocentes, y no tenían inclinaciones ha-

cia el mal y, sin embargo, se hundieron en él. Nosotros nacemos con corazones corrompidos, completamente inclinados hacia el pecado, ¿y pensamos poder mantenernos santos y sin mancha por nosotros mismos? Es un pensamiento vano. Desechémoslo. Nuestra naturaleza pecaminosa nos aparta continuamente del recto camino de la piedad. No hemos podido mantenernos irreprochables un solo día ni una sola hora de nuestra vida. Esto es la pura verdad, y toda conciencia sincera lo ha de confesar.

La misericordia de Dios

¿Quién pronunció estas palabras? Leemos: *«Jehová Dios dijo»*. ¡Qué prueba tenemos aquí de que Dios es misericordioso! ¡Piensa cuán grandemente fue ofendido! ¡Medita con qué innoble ingratitud fue tratado! El hombre confió más en la mentira de

Satanás que en la verdad de Dios. Rompió el yugo suave como si hubiera sido una cadena insoportable. El lenguaje orgulloso del corazón humano había sido: «*No queremos que Dios gobierne sobre nosotros*».

Y, sin embargo, Dios condesciende. No hay ningún látigo en su mano, ni le acompaña ninguna legión de ángeles vengadores prestos a lanzar a los rebeldes a la perdición. La voz que se oye es una voz de misericordia. Las nuevas anunciadas son noticias de libertad.

Oh, alma mía, ¿puedes considerar la voz del que habla y no exclamar: Verdaderamente, Dios es bueno? ¡Él no quiere la muerte del impío! Razona como la mujer de Manoa: «*Si Jehová nos quisiera matar, no nos hubiera mostrado todas estas cosas, ni ahora nos habría anunciado esto*» (Jue. 13:23).

La actitud del hombre

¿A quién fueron dichas las palabras que nos ocupan? Solo había allí tres personas. En primer lugar, la pareja culpable. Observen su situación y aprendan de ella: el primer paso en el camino de la salvación es dado por Dios. Tenemos evidencias decisivas ante nosotros. Dios quiere salvarnos cuando nosotros queremos perecer. Dios obra para salvar cuando nosotros hacemos cuanto está a nuestro alcance para morir.

Ante Dios se hallan nuestros primeros padres, formando una imagen de todos los pecadores caídos que nacieron de ellos, es decir, de todos los hombres. Así somos nosotros por naturaleza, pecadores, ciegos e insensibles. Esto somos todos nosotros. Ciegos, porque sus ojos no estaban abiertos a la terrible condición en que se encontraban, a la sórdida miseria a que estaban abocados. Insensibles, porque no confesaron su pecado, ni se humillaron, ni lloraron, ni clamaron pidiendo misericordia. Tal es la ceguera e insensibilidad natural del hombre, desde entonces hasta hoy. Y aun así, este mismo Dios viene con palabras de amor, habla de un restablecimiento a su favor y a su Reino.

Querido lector, medita con calma sobre esto. Verás cómo, cuando el hombre se desentiende de sí mismo, Dios es todo preocupación por él; cuando el hombre no puede hacer nada, Dios lo hace todo; cuando el hombre no merece nada, Dios lo da todo. Desde el principio al fin, la salvación es una obra de gracia. El hombre se hunde en el infierno y Dios lo llama al cielo.

La perfecta provisión divina

Sin embargo, además de la pareja culpable, había otro ser allí; mas no había esperanza para él. Se le dijo solamente que no podía esperar otra cosa que ruina. Tenemos aquí una prueba de que Dios hace diferencia

entre los culpables. No preguntemos vanamente por qué la gracia gana al hombre y da la espalda a los ángeles caídos. Solo puede haber una respuesta: «*Sí, Padre, porque así te agradó*». ¿Y podemos luego dejar de cantar las alabanzas de Dios, que tanto se ha apiadado de nosotros, tan pecadores, ofreciéndonos una provisión tan perfecta por el pecado? ¡Oh, alma mía, piensa en estas cosas!

¿En qué consiste esta provisión? Tenemos la respuesta en una palabra: «*Su simiente*». He ahí la promesa de que vendrá un libertador a este mundo, el cual nacerá de una mujer.

¿Quién es la Simiente de la mujer?

Si se nos pregunta quién es la simiente de la mujer, nuestra rápida respuesta será: El Señor Jesucristo, el bendito Salvador, el único Redentor, el Hijo unigénito del Dios Altísimo. La voz de Dios promete aquí que Jesús, señalado para venir a salvar, se hará hombre —igual a nosotros— hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne.

Esto se dice pronto. Pero, ¿te has detenido a ponderar las grandes y preciosas verdades que ello implica? ¡Observa bien! El Dios todopoderoso, sin dejar de ser Dios, se hace hombre para redimirnos. ¡Maravilla de maravillas! Nada parecido hay, ni ha habido ni habrá. Si el más grande rey se convirtiera en el más miserable de

Jesús era la Simiente de la mujer; como nosotros, humano, pero sin pecado. Su muerte vale por la nuestra, su justicia es nuestra justificación.

los pobres, o el más rico de los príncipes dejara su palacio por una choza, no sería nada comparado con lo que hizo Jesús cuando dejó el cielo para llevar sobre sí los andrajos de nuestra condición. ¡El Creador de todas las cosas apareciendo como criatura! ¡El Todopoderoso convertido en un bebé! ¡El Eterno hecho un hijo del tiempo! ¡Lo infinito constreñido dentro de los límites de esta pobre carne nuestra! ¿No es esto la maravilla de las maravillas? ¿No es esto gracia sin límites?

Querido lector, ¿crees seriamente que Cristo se ha humillado a sí mismo, incluso por ti? Si así lo crees, no puedes menos que sentir que no hay deuda como tu deuda; y que así como los cielos están muy por encima de la tierra, del mismo modo tu deuda estaba mucho más allá de tus posibilidades de pagar.

En las pobres costumbres de este mundo, el nacimiento de un príncipe

o un noble despierta señales de alegría y gozo. Ondeán las banderas. Suenan las trompetas. Se reparten succulentos manjares. ¿Pediremos al mundo natural que celebre con alabanzas este portento inefable? ¡Imposible! Aunque el sol pudiera prestar mil millones de luces, a cual más brillante; aunque cada gota de los océanos pudiera elevar un coro de aleluyas; y aunque todas las hojas de los bosques pudieran repicar como campanas, todo ello sería aún una manera vil de celebrar la venida del Salvador.

Pero hay un testimonio delicioso que busca Jesús. Cristo se considera pagado cuando los corazones agradecidos abren de par en par sus portales para recibirle, y cuando alabanzas de bienvenida ensalzan Su nombre salvador. Oh, alma mía, ¿no ofrecerás todo lo que hay en ti para prorrumpir en cánticos de adoración amorosa alrededor del pesebre de Belén?

El día de Cristo

Cuando Abraham vio de lejos el día de Cristo, dicen las Escrituras que se regocijó y fue feliz. Cuando Juan el Bautista todavía estaba en el vientre de su madre, no pudo contener la emoción de presentir cerca a Jesús, quien tampoco había nacido aún (Luc. 1:41). La estrella de luz que dirigía a los sabios en su viaje, los llenaba de gozo. La multitud de los ejércitos celestiales, que no participan de

la gracia de la redención, hicieron que las bóvedas de los cielos devolvieran el eco de sus alabanzas. Oh, alma mía, ¿puedes estar callada? ¿No oyes los cánticos de los ángeles? «*Os traigo nuevas de gran gozo*». ¿No beberás tú también con gran gozo la delicia de estas nuevas? «*Os ha nacido un Salvador, que es Cristo el Señor*». ¿No lo traerás, con el mismo espíritu del anciano Simeón, al corazón de tu fe, y elevarás un himno de alabanza?

¿Has considerado seriamente alguna vez con qué propósito Jesús se convirtió en la Simiente de la mujer? Nuestra paz y felicidad dependen del exacto conocimiento de este punto. Fue con este propósito: para que pudiera tomar nuestro lugar, el lugar de los pobres pecadores, y pudiera representarnos.

Sabemos que la palabra de Dios ha dictado sentencia, y esta palabra es irrevocable: «*El alma que pecare, ésa morirá*». También sabemos que morir, en esta frase, significa sufrir eternamente los tormentos de los perdidos. Por causa de nuestro pecado, tú y yo somos llevados a esta condenación. Tú y yo debemos sufrirla, a menos que Dios se digne aceptar la muerte de Uno que es sin pecado en lugar de la nuestra.

Jesús está dispuesto a sufrirlo todo por nosotros, pero ¿cómo podrá, no siendo hombre? Era necesario que él tomara nuestra naturaleza humana.

Y así lo hizo. De modo que, cuando la verdad y la justicia de Dios dicen: «Debo tener la vida de este hombre», Jesús prontamente responde: «Yo soy de su misma naturaleza; he aquí mi vida en vez de la suya». Noten, pues, que Cristo es la Simiente de la mujer para que pueda dar su vida y su sangre en rescate por nosotros. Vean claramente que Jesús toma la carne del hombre para poder redimir con Su muerte a todos aquellos humanos que acuden y confían en él.

Así también, como hombre, Cristo obedece todos los mandamientos de Dios. Pero la justicia así adquirida no es en su propio beneficio. Jesús toma la carne del hombre para que, todo pecador que se presenta a las puertas del cielo, pueda exhibir como pasaporte una justicia perfecta que le ha sido dada por el Redentor. No necesita nada más; pesado en la balanza de Dios, no es hallado falto.

Repito estas verdades porque son la base de la verdadera fe. Jesús era la Simiente de la mujer; como nosotros, humano, pero sin pecado. Su muerte vale por la nuestra, su justicia es nuestra justificación.

Llamado al lector

Lector, ¿eres un pobre pecador, sintiendo tu miseria y temiendo la ira eterna? Acude a Aquel que es la Simiente de la mujer. Hay perdón en él para lavar todas las iniquidades. Los

fieles del antiguo mundo no le conocían por otro nombre, pero creían que Dios, a su debido tiempo, vendría y pagaría por ellos. Miraban al que había de nacer. Miraban, y nadie mira en vano.

¿Buscas una justicia que te sirva para entrar en los cielos? Está a tu disposición en Aquel que es la Simiente de la mujer. Extiende la mano de la fe; tómala, y es tuya para siempre. Todo lo que tú necesitas está, en abundancia, en quien es la Simiente de la mujer. Entrégale tu vileza y toma su pureza; entrega tu pobreza y toma sus riquezas; arroja sobre él tu nulidad y toma de él su plenitud; entrégale tu maldición, y recibe su bendición.

¿Vacilas? ¿Temes acercarte a quien es tan grandemente santo? Bien podrías temer y temblar si tuvieras que acercarte a Dios en su gloria. Pero éste que te llama es tu amigo, es la Simiente de la mujer, es de tu misma raza. ¿Sigues vacilando? Habiendo venido Jesús de tan lejos para ti, ¿no darás ni un solo paso para acudir a él? ¿No subirás hasta aquel que descendió tan bajo por amor de ti? Se te ofrece a tu misma puerta, en forma humana, ¿y no le abrirás y recibirás?

Ciertamente, hay provisión suficiente en la Simiente de la mujer para quitar toda incredulidad, para ganar

y conquistar cualquier corazón. Vemos en Cristo cómo el cielo baja a la tierra, para que la tierra pueda elevarse a los cielos. Vemos al Hijo de Dios haciéndose hombre, para que los hombres puedan ser hechos hijos de Dios. ¿No satisface esto? ¿No te convence? ¿No te inspira? Ciertamente, Dios no podía hacer más. El hombre, pues, no puede añadir ni una palabra más.

Una súplica

Cierro con esta ferviente súplica: lee estas breves líneas una y otra vez,

hasta que halles la llama de la fe y tu alma se encienda de amor divino.

Y entonces, sobre las rodillas postradas de gratitud, ora:

«Te bendigo, Padre celestial, por la promesa que hiciste en Edén, acerca de la Simiente de la mujer. Te bendigo, por haberle enviado venido el cumplimiento del tiempo. Te bendigo, oh Señor Jesús, por haber venido a salvarme. Te bendigo, Espíritu Santo, por haber revelado a mi alma la Simiente de la mujer.»

LOS TESOROS

Un buque de vapor llevaba una carga de mercancía cuando chocó con un tronco sumergido y se hundió en el río Missouri. Por más de cien años, este buque permaneció completamente cubierto de lodo.

En 1988, cinco hombres decidieron desenterrar el buque de vapor para ver si guardaba algún tesoro. Una de las primeras cosas que encontraron fue un barril lleno de porcelana china en perfecto estado. Uno de los hombres encontró un hermoso jarrón del cual se adueñó. En aquel momento dijo que compartiría cualquier cosa excepto aquello, que sería de él.

Llevó el jarrón a casa y lo exhibió con orgullo en la repisa de su chimenea. Pero comenzó a preocuparse de que alguien pudiera golpearlo o dejarlo caer mientras admiraba su belleza, así que lo puso en una caja debajo de su cama. Luego comenzó a preocuparse de que alguien pudiera robárselo, así que decidió poner su jarrón en una caja fuerte.

Entonces reconoció: «Comencé a darme cuenta que un tesoro no tiene valor alguno a menos que sea compartido con los demás». Por eso decidió llevar su hermoso jarrón al museo, junto a los otros tesoros, para ser admirado por cientos de miles de personas.

Si esto se cumple con relación a los tesoros que algún día perecerán y serán olvidados, ¿no es mucho más importante que compartamos nuestro tesoro inestimable que perdurará por toda la eternidad?

Melvin Troyer, en *Junto a Aguas de Reposo*.



Preparando a la novia para el regreso del Señor

Luiz Fontes

Atentos a las señales de nuestros días, debemos mirar hacia ese gran "día". Los días de Noé en el pasado tienen mucho que ver con el día del retorno del Señor.

“

Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre. Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre».

– Mat. 24:36.

La carga que el Señor ha traído a su pueblo en este tiempo ha sido un despertar acerca del sentir que debemos tener acerca del momento que estamos viviendo, en relación al retorno del Señor.

Un piadoso hermano del pasado tenía tanto anhelo por la venida del Señor, que, en los últimos

días de su vida, cada mañana, abría la ventana, miraba hacia afuera y decía: «Señor, ha llegado un día más, y no has regresado». Él vivía en una expectativa constante por el regreso de nuestro Señor.

Corazón expectante

Esto nos recuerda al propio Juan: «*Hijitos, ya es el último tiempo*» (1ª Juan 2:18). Corremos el riesgo de querer interpretar este texto y no conocer el corazón de este siervo de Dios. Juan tenía una ardiente expectativa por el regreso del Amado. Para él, era la última hora. Pero nosotros, aquí, miramos hacia atrás, y vemos que ya han pasado dos mil años. Para Juan era siempre un «*último tiempo*», porque él esperaba al Señor en cualquier momento.

Este es el tipo de corazón que el Espíritu Santo desea encontrar en nosotros para glorificar a Cristo; él espera de nosotros un corazón lleno de expectativa. Y, mirando a la iglesia en general, pareciera que la iglesia perdió esa expectativa. De manera sutil, el enemigo ha introducido muchas cosas en nuestra vida particular y en la vida de iglesia, que, en el sentido personal y corporativo, hemos perdido el anhelo por el retorno de nuestro Señor.

Mira cómo estás viviendo, mira tu trabajo, cómo estás edificando tu

casa, cómo estás hablando, enseñando, orando por tus hijos; ve el estilo de vida que estás viviendo, y ve si esto no prueba, de manera clara, que tú no tienes un corazón lleno de expectativa por el retorno del Señor. Mi deseo delante del Señor hoy, es que el Espíritu Santo pueda constreñirnos a reflexionar acerca de cómo está nuestro corazón respecto del retorno del Señor, cuál ha sido nuestro sentir de santidad y consagración, cuál ha sido nuestra búsqueda de una vida de santidad en todos los sentidos.

Desgaste

Hay una palabra que aparece en la Biblia sólo una sola vez, en Daniel 7:25, cuando dice –en referencia al anticristo– que él «*quebrantará*» a los santos. Es una traducción inapropiada, porque el sentido no es herir, sino *desgastar*. Que el Señor envíe luz a nuestro corazón sobre esta palabra y veamos cómo el enemigo, por el gobierno de este mundo, ha desgastado y ha aprisionado a los cristianos.

El slogan de hoy es: «El cristiano es también un ciudadano». Y ustedes, en sana conciencia, ¿creen que este mundo mejorará? Necio es quien piensa así. Este mundo no va a mejorar, sino a empeorar. Hermano, no se involucre en esto. He oído a mu-

chos cristianos convocando a otros cristianos para salir a las calles a manifestarse. Eso es ridículo para alguien que dice ser salvo y lleno del Espíritu Santo; es una contradicción interior, está en una guerra que el Señor no convocó, está renegando su vocación celestial.

Desgastar, es lo que el enemigo ha hecho. Hoy vemos a los cristianos cansados, desanimados, frustrados y hasta deprimidos. ¿Que está pasando? Estemos atentos. El Señor pidió primero que vigiláramos y oráramos. Tenemos que discernir el territorio; no tenemos derecho a ser ignorantes. El Espíritu Santo está convocando a la novia de Cristo, la está atrayendo hacia él, la está reivindicando. Entonces, rindámonos; no nos opongamos a él.

«El día» y «los días»

Quiero llamar su atención a dos palabras. Mateo 24:36 dice: «*Pero del día y la hora nadie sabe*». Y el versículo 37: «*Mas como en los días de Noé...*». La conjunción «*Mas*» es la clave para comprender la relación entre ese «*día*» y esos «*días*».

Muchos cristianos distraídamente se dejan llevar por susurros, a veces imperceptibles, del maligno, sobre su falta de diligencia y comprensión de la Palabra. Necesitamos ser cuidadosos: en cuanto al día y la hora,

nosotros no sabemos, y gracias a Dios por esto. ¿A quién no le gusta la sorpresa? Pero el Señor nos da una clave muy importante: «*Mas como en los días de Noé...*».

El versículo 37 nos muestra todos los contornos que involucran ese gran día. Las palabras *días* y *día* aquí son muy importantes, porque una complementa a la otra. Piensen bien como fueron los días de Noé, porque ellos no fueron puestos acá solo para recordarnos la historia, para evocar el pasado, sino para que miremos hacia adelante. Atentos a las señales de nuestros días, ahora debemos mirar hacia ese gran «*día*». Los días de Noé en el pasado tienen mucho que ver con el día del retorno del Señor.

Otro texto: «*Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón*» (1ª Tes. 5:4). Las tinieblas hablan de ignorancia, oscuridad espiritual, falta de revelación. En este texto, Pablo está hablando de la misma cosa, así que hay elementos suficientes para saber que el tiempo de Su venida no será un tiempo oscuro para nosotros. Nosotros no estaremos viviendo distraídamente cuando de pronto todo se cumpla. No. A medida que el tiempo se aproxime, tendremos plena conciencia, por medio de su Espíritu, de

estar muy cerca del encuentro con nuestro Señor.

¿Peregrinos o mundanos?

«...como en los días de Noé». ¿Cuál es el significado de mirar hacia atrás con los ojos enfocados en ese gran día que está adelante? El Espíritu Santo nos da material suficiente para meditar en estas cosas. Para muchos, esto puede ser una gran novedad. Muchos cristianos han

como una responsabilidad. Ahí entramos en el curso de este mundo, nos tornamos vulnerables a que Satanás nos aprisione según los patrones del mundo.

¿Cómo alguien que fue salvo por la obra eterna y redentora de Cristo Jesús, que recibió el Espíritu Santo para morar en él y realizar una obra y despertar a una vocación celestial, se permite ser minimizado de acuer-

La embestida del enemigo contra el pueblo de Dios es robar su vigor espiritual.

perdido su condición de peregrinos, y están luchando por los valores de este mundo, con sus corazones endurecidos para la voz del Espíritu Santo, pues se han llenado de una visión mundana que no proviene de Cristo y que no glorifica a Cristo.

Cuántos de nosotros nos hemos permitido tener una vida condicionada al curso de este mundo, sea en el trabajo, en las finanzas, en el hogar. No es malo tener un buen trabajo, un gran sueldo o una posición en esta sociedad; no es malo tener dinero, pero es malo cuando éste te tiene a ti, cuando el dinero es tu señor y tu vida gira en torno a él, cuando lo ves como un privilegio y no

do con los patrones del mundo? El mundo está bajo el maligno, y según la Biblia, es una entidad espiritual que se opone a Dios, a su obra, a su gloria y a su voluntad.

Por eso, el Señor nos habla tan claramente con respecto a su venida. Para algunas personas, son palabras oscuras, porque sus oídos, sus corazones y su mente están ocupados en las cosas del mundo. Así se tornan semejantes a aquello que aman.

Tierra corrompida

Veamos otro detalle. Dice el Señor en Mateo 24:38: «Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y

dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca». Esto quiere decir, simplemente, que ellos estaban viviendo la vida según su curso natural. ¿Cómo estamos viviendo nosotros hoy? Ellos no se dieron cuenta, hasta que repentinamente vino el diluvio.

Pero, ¿acaso el Señor no les dio aviso? Claro que sí. Noé fue el predicador de la justicia. Aquella arca era el testimonio de Dios para el pueblo. Todos los días que Noé estaba trabajando en el arca, era un testimonio de la gracia y la misericordia de Dios. Mas, aquella generación pervertida lo ignoró. Para entender eso, necesitamos ver algunos textos. De manera cronológica, veremos algunos detalles del libro de Génesis, a fin de comprender cuánto el Señor nos dice en referencia a los días de Noé.

Génesis 6:10: «*Y engendró Noé tres hijos: Sem, Cam y Jafet*». Ahora Génesis 6:11: «*Y se corrompió la tierra...*». El Espíritu Santo no puso esta palabra aquí al azar. Ella tiene tres significados en su original en hebreo: perversión, corrupción y destrucción. Siuviésemos que sintetizar nuestra sociedad hoy, describiéndola en su aspecto moral, social, político, educacional, espiritual, etc., veremos que estas tres palabras explican el carácter de nuestra socie-

dad: perversión, corrupción y destrucción.

También dice en Génesis 6:11: «*Y se corrompió la tierra delante de Dios, y estaba la tierra llena de violencia*». Esta palabra habla de maldad, violencia e iniquidad. La corrupción, la perversión y la destrucción provocan, a su vez, violencia, iniquidad y maldad. *Violencia y corrupción* son dos palabras que necesitan ser estudiadas juntas, para entender estos textos. Versículo 12: «*Y miró Dios...*». Ahí nuevamente tenemos la otra palabra. «*Y miró Dios la tierra, y he aquí que estaba corrompida*», perdida, depravada. El Señor está diciendo que esto constituye una gran señal dentro de «estos días» que anteceden a «aquel día».

Santidad y consagración

Hermanos, nosotros no tenemos el derecho de ser ignorantes. Nosotros no estamos en tinieblas. El Espíritu Santo nos habita, y él nos está dando revelación. Entonces, ¿cómo tú vas a decir: «Yo no sabía, no me preparé, no me alisté»? Ese alistarse envuelve dos palabras: santidad y consagración. ¡Cuántas cosas están bajo esta palabra *santidad*, y cuántas cosas involucra la palabra *consagración*!

Nuestro problema con la consagración es, consecuentemente, nuestro

problema con la santidad. Nuestra santidad está unida a nuestra vida íntima con Dios, a nuestra relación con Dios. La vida de consagración está íntimamente ligada a nuestro servicio al Señor. Una es totalmente interior, la otra es totalmente exterior.

Por eso, necesitas reflexionar delante del Señor. Mire a nuestra sociedad, vea cómo este mundo ha cambiado desde hace pocos años hasta ahora, cómo la violencia y la iniquidad han prosperado por doquier. No hay nada que impida eso, porque vivimos en una tierra caída, perdida, gobernada por hombres caídos.

El Señor nos está diciendo: «Miren a los días de Noé y sabrán sobre ese gran día tan importante». No sirve sacar cuentas; el Señor no quiere que sumemos y restemos años; él quiere que seamos serios y leamos su palabra, porque él nos dejó todo de manera clara. Lo primero que él quiere que tú veas es la corrupción, la iniquidad y la perversión del mundo en nuestros días, esta es una gran prueba, de que ya estamos entrando en los días que anteceden a aquel gran día del retorno del Señor.

Placer en Dios y placer sin Él

Si volvemos a Génesis capítulo 1 y 2, veremos algo muy especial en el trato de Dios con el hombre. La vida

del hombre podría ser resumida en tres partes: provisión, protección y placer. La vida de Adán y Eva en Edén se resumía a esto, porque el placer, la protección y la provisión de ellos estaba en Dios mismo y en todo aquello que Dios les daba.

Esa era la vida en Edén, porque aquel era el huerto de Dios. Aquella tierra reflejaba la gloria del cielo, y el cielo era como un espejo para esa tierra. En el huerto de Dios, había una profunda e íntima proximidad espiritual entre los cielos y la tierra. Pero, desde que el hombre cayó, él perdió esa protección, esa provisión y ese placer en Dios.

Luego vemos que la descendencia de Caín fue la generación que edificó una ciudad (Gén. 4:17-22). Aquí hay una figura del mundo, en su sentido espiritual. Y los tres hijos de Lamec —el Espíritu Santo coloca eso ahí con mucho cuidado para nosotros—, los hijos de Ada y Zila, nos muestran algo muy serio.

Observen: «*Jabal, el cual fue padre de los que habitan en tiendas y crían ganados*» (4:20). Eso habla de provisión. «*Y el nombre de su hermano fue Jubal, el cual fue padre de todos los que tocan arpa y flauta*» (v. 21). Placer, alegría. «*Y Zila también dio a luz a Tubal-caín, artifice de toda*

obra de bronce y de hierro» (v. 22). ¿Para qué? Para protección.

Ahora el hombre no tiene en Dios su placer, su protección, su provisión. ¿Dónde hallará eso? Entonces, el enemigo procuró sistematizar todas las necesidades del hombre, todos sus deseos, todo su placer, toda su seguridad, en un sistema mundano, sin Dios, porque aquí hay una generación sin Dios. ¿Por qué no son contados los años de la generación de Caín? Porque, delante de Dios, esa generación, que representa al mundo, está muerta. Eso es muy serio.

En el contexto de lo que estamos viendo, para Dios, este mundo está perdido, muerto en sus delitos y pecados, y camina a pasos largos hacia el infierno. Es una triste realidad, un cuadro siniestro que debemos entender, que necesitamos contemplar. El mundo está muerto. Lo peor es cuando los cristianos no tienen esta conciencia de la perversidad, de la corrupción, de la destrucción, y de que el mundo siempre se encamina hacia esa nefasta realidad.

Aprendamos de la desgracia de Lot, él fue armando sus tiendas hasta Sodoma (Gén. 13:12), así, muchos cristianos comienzan a vivir una vida al estilo del mundo. ¿Cómo es posi-

ble que nosotros, que tenemos esta conciencia, que estamos bajo esta palabra del Señor, que nos llama y nos convoca a preparar el camino para el regreso de su Hijo, a ofrecernos como instrumentos de Dios, para ese momento tan importante de la historia que es el retorno del Hijo de Dios, estemos tan distraídos, estemos tan desviados, que nos dejemos corromper y nos dejemos seducir?

Estas tres palabras –provisión, protección y placer–, explican y resumen la compulsión del corazón del hombre en aquellos días, y ellas, a su vez, nos revelan la compulsión del corazón de los hombres en nuestros días. He aquí que el Señor quiere que miremos cómo fueron los días de Noé, pues así también será este tiempo contextual del regreso del Hijo de Dios.

Pies en la tierra, corazón en el cielo

Si miras ahora, tú entiendes lo que el Señor está hablando, entiendes su deseo. Los hombres buscarán de manera ávida protección, seguridad. Cada uno intentará mantener su territorio al máximo, guardarse a sí mismo. Las personas amontonarán todo para sí mismas, desde el dinero hasta el mantenimiento. Ellos no tendrán, en el sentido estricto, una

vida espiritual. Y, ¿cómo es esa vida? Es una vida con los pies en la tierra, pero con el corazón en el cielo; pero ellos tendrán cuerpo, alma y espíritu anclados en esta tierra.

¿Cómo puedes, delante de Dios, ante la luz de su palabra, decir: «Yo nací de nuevo», si tu corazón está dividido, y tu cuerpo, alma y espíritu están aferrados a este mundo? Es claro que tenemos que trabajar, que debemos preocuparnos de nuestra provisión, nuestra protección y nuestro placer. Pero nuestra provisión, nuestra protección, nuestro placer, están en Dios. Pablo explica esto muy claro en Filipenses 4, diciendo que Cristo es su meta, su todo; que él ha aprendido a vivir contento en cualquier circunstancia.

El peligro de la prosperidad

Hermanos, ya he dicho esto en otra ocasión, pero lo repetiré una vez más. Es común creer que las tribulaciones, las pruebas o las luchas son cosas negativas, como las enfermedades, el desempleo, el hambre o las crisis matrimoniales. Sin embargo, si alguien dice: «Estoy viviendo una vida financiera abundante, tengo el empleo que soñaba, mi salario me da para vivir muy bien, y mi jubilación va a ser maravillosa», ¿quién osaría decir que esto es tribulación, o es prueba, o es lucha? Nadie. Por-

que incluso es común que todo el mundo corra tras estas cosas, porque eso se vuelve una meta.

¿Quién osaría decir que una vida abundante es una dura prueba o que una vida profesional exitosa es una terrible lucha? Nadie. Al contrario, las personas suelen decir: «Miren, quiero contarles que gané un concurso, mi salario ahora me da para vivir todo mi futuro sin preocupaciones». Y, ¿sabe?, ante eso, todos dirán: «¡Amén, este hermano fue bendecido!».

Probando tu amor

Entonces, ¿quién dirá que esto es una gran prueba? ¡El Señor! Porque él nos da estas cosas para probar nuestro amor por él. Piensa en esto. En estas cosas es que el Señor está probando tu amor, no tu fe. A veces, en las otras cosas negativas, el Señor prueba nuestra fe; pero aquí él está probando nuestro amor.

Recuerden, el enemigo va a desgastar. Ahora, ¿cómo es que él desgasta? Nosotros estamos en este mundo, lidiando con la provisión, con la protección, con el placer. Nosotros buscamos esto, son cosas lícitas, naturales; pero es dentro de estas cosas naturales que existe un terrible combate espiritual. Es aquí donde ocurren las distracciones, es aquí donde muchos se pierden. Cuando

Pablo dice: «*Demas me ha desamparado, amando este mundo*», él está hablando de esto. Aquí está la explicación del corazón de Demas. ¿Por qué él lo abandonó? ¿Por qué muchos han abandonado al Señor por muy poco?

En la primera generación de cristianos, la fuerte característica de ellos era «morir por el Señor»; pero entre nosotros, que estamos viviendo la última etapa de la obra del Señor, la gran característica es «vivir por el Señor». ¿Habremos comprendido esto?

Nuevo comienzo

Entonces, observen esto. Ahora aquí en Génesis 5:7: «...después que engendró a Enós». Volvamos al capí-

este escenario corrompido que es el mundo— que en este contexto de tinieblas, de ignorancia espiritual y de perversidad, el Señor tiene un testimonio. «*Entonces los hombres comenzaron a invocar...*».

La palabra *invocar* significa proclamar, exaltar, elevar, el nombre del Señor. En medio de este contexto corrosivo, hay una generación que sustenta el nombre del Señor. ¡Esa es una gran señal! Gracias al Señor, porque siempre hubo y habrá testimonio de Dios en la tierra.

Años robados

«Y vivió Set, después que engendró a Enós, ochocientos siete años, y engendró hijos e hijas» (Gén. 5:7). Aquí hubo años de vida que fueron

Estamos aquí para cooperar con el Espíritu Santo, para amar y apresurar la venida de nuestro Señor Jesucristo.

tulo 4 versículo 26, y vemos: «Y a Set también le nació un hijo, y llamó su nombre Enós. Entonces los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová». Algo nuevo comenzó en la generación de Set.

Esto es algo muy especial. El Señor nos está diciendo —a pesar de todo

contados, pero no fue así en la descendencia de Caín. Esto es muy serio.

Que el Señor nos ayude a ver esto de manera más profunda, más significativa, más práctica, porque los años de vida de la generación de Caín fueron años robados.

El Señor nos está mostrando que este mundo corrompido tiene una fuerte característica delante de Dios, aquello que registra Daniel 7:24. Satanás, el enemigo, está desgastando a las personas. Una fuerte característica de este espíritu del anticristo es desgastar a los santos, robar sus años de vida. Las personas están viviendo; pero, ¿viviendo para qué? El Salmo 90 dice: *«Enseñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría»*.

He aquí otro ejemplo. Recuerden el libro de Jueces. Allí hubo varios cautiverios, y si estudias el libro de Jueces verás que el cautiverio espiritual del libro de Jueces fue mucho peor que el cautiverio en Babilonia. El cautiverio en Babilonia duró 70 años. Pero, ¿saben cuántos años duró todo el cautiverio del pueblo de Dios en el libro de Jueces? 111 años. Atiendan a esto. Solo entendemos la vida y el ministerio de Sansón si entendemos esos 111 años robados. La embestida del enemigo contra el pueblo de Dios es robar su vigor espiritual, robar el propósito de Dios de sus vidas.

Por eso, la gran tragedia cristiana de nuestros días es que los cristianos están viviendo sin conocer el propósito eterno de Dios. Entonces, ¿qué vida es la que están viviendo? ¿Com-

prenden, hermanos? ¡Cómo es posible que alguien diga que es cristiano, una persona que nació de nuevo, que lee la Biblia todos los días, si no conoce el eterno propósito de Dios, no conoce la mente de Dios, no conoce el significado de su vida delante de Dios, no conoce la esfera elevada de su llamamiento celestial! ¡Qué vida es ésta! El enemigo está robando sus años de vida.

Para Dios, es como si Caín no hubiese existido. En Génesis 16 y 17, tenemos el mismo principio. Génesis 16:16: *«Era Abram de edad de ochenta y seis años, cuando Agar dio a luz a Ismael»*. En el versículo siguiente, 17:1: *«Era Abram de edad de noventa y nueve años, cuando le apareció Jehová y le dijo: Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto»*. De un versículo al otro, ¿cuantos años de la vida de Abram no fueron contados? Trece. ¿Por qué? Porque él mezcló la fe con la carne. Ese es el propósito del enemigo – robar nuestro vigor espiritual y nuestro tiempo espiritual.

Tiempo redimido

Hermanos, el nuestro tiene que ser un tiempo contado, un tiempo redimido, un tiempo vivido delante del Señor; porque ese tiempo no es tuyo. Yo y tú no vinimos a esta tierra para vivir nuestros sueños, para vi-

vir nuestra voluntad; nosotros estamos aquí por causa de la gloria del propósito eterno de Dios.

La mayor tragedia de la vida no es la muerte, sino vivir sin conocer el propósito de Dios, ser un cristiano y no conocer el propósito de Dios en tu vida. Hermanos, casarse y darse en casamiento son cosas lícitas en nuestra vida natural. Tu trabajo es una cosa lícita, todo lo que has adquirido son cosas lícitas. Pero, ¿logras ver el propósito de Dios detrás de todo eso? ¿Entiendes la mente de Dios en todo eso?

Pidamos al Señor que abra nuestros ojos, que él nos dé discernimiento espiritual, para que no seamos engañados ni nos volvamos una presa vulnerable en las manos del enemigo, porque no estamos aquí para cooperar con el enemigo; estamos aquí para cooperar con el Espíritu Santo, para amar y apresurar la venida de nuestro Señor Jesucristo.

Un hijo, una profecía

Un detalle más. En Génesis 5:21-24 tenemos dos personajes muy importantes dentro de este contexto: «*Vivió Enoc sesenta y cinco años y engendró a Matusalén, y caminó Enoc con Dios después que engendró a Matusalén, trescientos años*». Cuando tenía 65 años engendró a Matusalén. El nombre *Matusalén* es muy

significativo. Existe una clave lingüística que los eruditos tradujeron del hebreo al griego. Su raíz es incierta; pero ellos estudiaron mucho y entendieron el significado. ¿Sabe cuál es? «*Cuando este niño muera, vendrá el juicio*». Muy interesante, porque Dios no solo dio un hijo a Enoc, sino que le dio una profecía.

Al hacer un estudio cuidadoso, vemos que, al final de los años de vida de Matusalén, comienza el proceso del diluvio. Es curioso esto, porque cuando el Señor dio a Matusalén a Enoc, entonces Enoc comenzó a andar con Dios, pues, en ese niño, él vio la profecía del juicio de Dios sobre la tierra. «*Y fueron todos los días de Enoc trescientos y sesenta y cinco años. Caminó pues Enoc con Dios y desapareció*» (v. 33).

Observen que, en pocos textos, el Señor nos describe los días que anteceden el diluvio. Y nosotros, mucho más que en los días de Enoc, tenemos al Espíritu Santo abriéndonos su Palabra todos los días, y mostrándonos detalles clarísimos en relación a la venida del Señor.

Nuestro privilegio

Hemos visto una línea paradójica. Por una parte, la generación de Caín, que representa al mundo en todas sus instancias; pero también vemos, por otro lado, una generación pia-

dosa, que proclama el nombre del Señor, que anda con el Señor, una generación engendrada por el poder de la vida de resurrección. Esta es la generación del pueblo de Dios en la tierra, la generación del testimonio de Dios.

Hermanos, tenemos que regocijarnos. ¡Qué privilegio tenemos de vivir este día, que alegría es poder examinar las profecías! Cuando tomamos este «Apocalipsis sinóptico», que está en los evangelios, en Mateo 24, Marcos 13 y Lucas 21, podemos oír a nuestro Señor, hablándonos con tanto amor, con tanta claridad,

no podemos ignorarlo. Hay mucho que el Señor quiere mostrarnos sobre los días de Noé, los días que estamos viviendo hoy.

¡Cómo no andar con el Señor! Pero esto no es por causa de lo que acontecerá con este mundo, ni aun por causa de Su venida, sino por causa del Señor mismo, porque no queremos perder su rostro, no queremos perderlo a él. Es por eso que proseguimos a la meta, al premio de nuestro supremo llamamiento en Cristo Jesús.

Que su Espíritu Santo nos ayude.

UNA SORPRENDENTE TRANSFORMACIÓN

«No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento» (Rom. 12:2).

Los entomólogos estiman que hay aproximadamente 90.000 diferentes especies de mariposas y polillas. Las mariposas varían en tamaño y color desde la Reina de Alejandría de Nueva Guinea con 28 centímetros de envergadura hasta la Enana Azul con un centímetro de envergadura. Sorprendentemente, muchas de estas frágiles criaturas viajan miles de kilómetros a través de los continentes y océanos.

Cada mariposa pasa por cuatro etapas en su desarrollo. A esto se le llama metamorfosis, que viene de las palabras griegas meta, que quiere decir cambio, y morphe, que significa forma. En el cuarto y último cambio maravilloso vemos a la oruga entrar en su crisálida. Conforme al maravilloso plan del Creador, poco tiempo después, sale de su capullo siendo ya una impresionante mariposa. Este cambio es imposible explicarlo.

Esta metamorfosis ilustra de manera maravillosa el llamado de Dios a su pueblo. No os conforméis (meterse en el molde o capullo de este mundo, actuando y o pensando como el mundo), sino transformaos (completamente cambiados, una prueba de la perfección de Dios). ¡Oh, Dios, permíteme hoy también ser esa prueba!

David Stutzman

El secreto del reino de Dios



La lección más importante que Jesús enseñó con sus palabras y ejemplo es que el hombre no puede hacer nada por sí mismo.

Rodrigo Abarca

“*Después subió al monte, y llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él. Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar, y que tuviesen autoridad para sanar enfermedades y para echar fuera demonios»*

– Mar. 3:13-15.

Cuando el Señor llama a sus discípulos, lo hace para depositar en ellos el programa eterno del reino de Dios, esto es, el plan divino respecto del hombre, que se perdió por causa de la caída de éste y quedó escondido desde la fundación del mundo, pero que ahora ha venido con Jesucristo.

Multiplificación

El plan de Dios para la humanidad es reunido y cumplido ahora en Jesucristo. Por esta razón, Cristo llama discípulos, con el fin de encomen-

darles la administración de Su reino en el mundo, porque el propósito de Dios no es tener apenas un hombre según su corazón, sino que ese hombre se multiplique para llegar a ser muchos – la iglesia.

Jesús dijo a Pedro, y en él a todos sus discípulos: «*A ti te daré las llaves del reino de los cielos*» (Mat. 16:19). En otras palabras, él quiere multiplicarse a sí mismo, y que el reino que él encarna y representa sea también encarnado y representado por otros muchos: «*Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos*» (Rom. 8:29). Cristo es el primogénito, según el cual todos los otros serán formados.

Se dice que la iglesia nació en Pentecostés, pero en verdad ella empezó en la tierra cuando Jesús llamó a los Doce. Cuando la nueva Jerusalén desciende del cielo de Dios, en Apocalipsis, ella tiene doce fundamentos y en cada uno de ellos está escrito el nombre de uno de los doce apóstoles del Cordero.

Ellos son el comienzo de la iglesia. Y, viendo lo que el Señor hizo con ellos, entendemos el propósito de Dios para toda la iglesia. Lo que él hizo

en ellos es el fundamento de lo que él hará hasta el final de los tiempos con todos los que son llamados. Por eso, cuando la iglesia empezó a apartarse del propósito original, a fines del primer siglo, Dios levantó a su siervo Juan, quien comienza su carta, diciendo: «*Lo que era desde el principio...*», refiriéndose a aquella experiencia inicial de los Doce con Jesucristo.

Ekklesia

«*Después subió al monte, y llamó a sí a los que él quiso*». La palabra *ekklesia* significa, literalmente, «*los llamados afuera*». Esta palabra era usada en el mundo griego para referirse a una reunión pública. En Grecia, cuando había que tratar los asuntos de una ciudad, la gente era llamada a salir de sus casas o negocios para reunirse en la plaza pública. Tal reunión era llamada *ekklesia*. El Señor Jesús rescató esa palabra y le dio un significado totalmente nuevo – los que él convoca del mundo, para reunirse con él y tratar los asuntos relativos al Reino.

En el registro de los evangelios, Jesús usó dos veces la palabra *iglesia*: «*Dilo a la iglesia*» (Mat. 18:17), y «*...edificaré mi iglesia*» (16:18). Ahora bien, su llamamiento, tal como se lee en el evangelio de Marcos, tiene

un orden que no debe ser alterado. «...llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él. Y estableció a doce, para que estuviesen con él». El motivo principal de nuestro llamamiento no consiste en ser enviados a predicar, o servir a Dios en su obra. Estas no son más que consecuencias del llamado; pero, si perdemos de vista lo esencial, todo lo demás está en peligro de perderse.

Conocimiento de él

«...para que estuviesen con él». En primer lugar, fuimos llamados para estar con el Señor y conocerle. Esto es lo más importante en la vida de los hijos de Dios. Si no le conocemos, nada de lo que hagamos después sirve de mucho. La tragedia de la iglesia, ayer y hoy, radica en la falta de conocimiento de Dios. En el Antiguo Testamento, los profetas decían: «*Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento*» (Os. 4:6). Y no se trata del conocimiento de doctrinas o teologías, sino del conocimiento íntimo del Señor.

Por ello, cuando Juan habla de la esencia de nuestro llamamiento, dice: «*Lo que era desde el principio*». Él escribió estas palabras cuando era ya muy anciano. Al final del primer siglo, él había observado los signos de decadencia espiritual y por ello enfatiza la experiencia original y

esencial que dio origen a la iglesia: «*Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida*» (1ª Juan 1:1). Y nos dice que todo se trataba de Cristo, de conocerlo, de escuchar su voz, de tocarle con nuestras manos.

Juan describe una experiencia progresiva. Él era el más joven de los discípulos, pero era también el más contemplativo. Fue absorbido más poderosamente por la personalidad del Señor Jesús. Sin embargo, él describe una experiencia plural. No solo «lo que yo oí, lo que yo vi», sino «*lo que hemos oído, lo que hemos visto*». Esa experiencia de los Doce con Jesús determinó el fundamento de la iglesia.

Llevando su imagen

Conocer a Jesús de la manera en que los discípulos lo conocieron vino a ser el fundamento de la vida y el carácter de ellos. El conocimiento de Cristo es el fundamento del carácter de los hijos de Dios. Sin este conocimiento, no hay carácter cristiano. Ellos vivieron en la presencia de Jesús, conociéndole, palpándole y oyendo su voz durante todos esos años, y esto transformó su carácter a imagen del carácter de su Señor.

Alguien que vive en la presencia del Señor por mucho tiempo, no puede seguir siendo el mismo. Este es el secreto de la transformación en la vida cristiana. El reino de Dios consiste en que el hombre lleve la imagen de Dios, y esta imagen está en Jesucristo, «*la imagen del Dios invisible*».

Vivir en la presencia de Dios es vivir en la presencia de Jesucristo. «*Por*

nosotros no somos como Moisés. Cuando Moisés estuvo con Dios cuarenta días y cuarenta noches y descendió del monte llevando en sus manos las tablas del Pacto, los israelitas vieron que su rostro resplandecía con la gloria de Dios, y se aterraron.

Moisés no estaba consciente de lo que había ocurrido. De tanto estar en la presencia del Señor, la gloria

En primer lugar, fuimos llamados para estar con el Señor y conocerle. Esto es lo más importante en la vida de los hijos de Dios.

tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (2ª Cor. 3:18). Es un misterio divino el que, cuando contemplamos el rostro del Señor, cuanto más le conocemos, somos conformados más y más a su imagen.

La obra del Espíritu Santo

¿Quién hace eso? No nosotros, sino el Espíritu de Dios que está en nosotros. El contexto de este pasaje explica lo que Pablo está diciendo. En el capítulo 3, él dice que la gloria del Nuevo Pacto es infinitamente superior a la gloria del Antiguo, porque

de Dios se había impregnado en él y su rostro brillaba. Pero Moisés cubrió su rostro, para que ellos no fijaran la vista en el fin de aquello que había de ser abolido. Un día no lejano, ese brillo en el rostro de Moisés iba a desaparecer; esa gloria era temporal.

Sin embargo, Pablo dice que la gloria del Nuevo Pacto es totalmente diferente, porque nosotros, no con un velo, sino mirando a cara descubierta la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria, y esa gloria no se desvanecerá jamás. Cuanto más vemos aquella gloria, más de ella se impregnará en nuestra vida, y esta vez no será algo me-

ramente exterior, sino una transformación desde adentro hacia afuera. Usted resplandecerá con la gloria del Señor. Este es el misterio del espejo.

¿Por qué dice: *«como en un espejo»*? Porque, cuando usted se mira en el espejo, ve su propio rostro. Pero, ahora, cuando usted viene al Señor, él es como un espejo. Usted se mira allí, pero el rostro que el espejo le devuelve no es el suyo, sino el rostro del Señor. El espejo le muestra un misterio: que usted está en Cristo y que, a los ojos de Dios, usted es como el Señor Jesucristo, y que el Espíritu Santo que está en nosotros nos conforma a la imagen del espejo, porque Cristo es lo que somos delante de Dios.

Una experiencia ascendente

«...de gloria en gloria». Recuerden la experiencia de Juan. Primero, dice *«lo que hemos oído»*; después, *«lo que hemos visto»*; esto es un poco más profundo. Luego *«lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos»*. Es una experiencia progresiva, ascendente, con el Señor.

Cuando Oseas dice que el pueblo pereció porque le faltó conocimiento, nos entrega la solución a ese estado de cosas, diciendo: *«Y conoceremos, y prosequiremos en conocer a Jehová; como el alba está dispues-*

ta su salida» (Os. 6:3). Así ocurrirá con aquellos que buscan al Señor. Nunca dejará de salir el sol para ellos; el Señor está dispuesto a revelarse a todos los que le buscan. Aquel que le busca, verá salir el Sol de justicia sobre su vida.

«...y vendrá a nosotros como la lluvia, como la lluvia tardía y temprana a la tierra». En Israel, al principio de la primavera, venía una lluvia temprana que hacía brotar los campos.

Algunos comenzaron a servir al Señor cuando eran jóvenes; vino la lluvia temprana y fueron regados con ella. A otros se les pasó el tiempo, pero el Señor dice que vendrá también como la lluvia tardía. Sea cual sea su edad, él ha prometido que si usted le busca, vendrá la mañana, y la gloria del Señor resplandecerá sobre su vida.

Entonces, el principio fundamental de la vida cristiana, el fundamento del carácter, es una vida de conocimiento de Dios en Jesucristo.

El conocimiento de Dios se obtiene a través de Jesucristo. Este es el primer elemento del reino de Dios. Este reino es difícil de definir, porque él abarca tanto a la persona como a la obra de Dios y, ¿cómo podríamos definir a Dios mismo?

El fundamento del Reino

El reino de Dios es una realidad tan amplia como Dios; pero, al leer con atención en Génesis 1, vemos los elementos fundamentales que definen la naturaleza del Reino: *«Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra»* (Gén. 1:26).

«Entonces dijo Dios». Dios mismo es el fundamento del Reino. Y el Dios que se revela aquí es el Dios trino, la Trinidad divina. Por eso dice: *«Hagamos»*, en plural. Entonces, conocer a Dios, es conocer al Padre, conocer al Hijo y conocer al Espíritu Santo. Ese es nuestro llamamiento esencial.

Jesús llamó a los suyos para que le conociesen; pero, conociéndole a él, también aprenderían a conocer al Padre y al Espíritu Santo, y entonces estaría completo el fundamento del Reino en sus vidas. Dijimos que el Señor Jesús es el hombre según el corazón de Dios; él expresa la imagen de Dios y el propósito divino respecto del hombre. Él es el hombre que tiene el conocimiento de Dios, que ejerce la autoridad de Dios, y que luego se multiplica para llegar a

ser muchos, como el principio de una nueva creación.

Jesús: dos naturalezas

El Señor Jesús es el Verbo de Dios hecho carne; su persona divina ha asumido la naturaleza humana. Él participa de la misma naturaleza del Padre y del Espíritu y, como el Verbo de Dios, él posee la plenitud de los atributos de Dios comunicables (amor, justicia, sabiduría, bondad, etc.) e incommunicables (eternidad, omnipotencia, omnipresencia, omnisciencia, etc.).

La Escritura dice que, de las tres personas divinas, una de ellas, el Verbo se encarnó. Sin dejar de ser divino, su persona asumió una segunda naturaleza – la naturaleza humana. Pero estas dos naturalezas no se confunden; él asume ambas en una unión inefable. No es que el hombre se haya divinizado, sino que Dios asumió la naturaleza humana en Cristo.

El mismo Verbo, que eternamente estuvo cara a cara con Dios, es el que habló ahora cara a cara con los hombres. Esto es de suma importancia para entender la naturaleza de nuestro llamamiento. El es el Verbo de Dios, una de las tres personas divinas, pero ahora en una naturaleza humana. Y la naturaleza humana que Jesús asumió es completa; no

solo tuvo un cuerpo, sino también un alma y un espíritu humanos.

Para salvar al hombre íntegramente, Jesús tenía que asumir la naturaleza humana completa. Gregorio de Niza, uno de los padres de la iglesia, dijo: «Lo que no era asumido, no podía ser salvado». En otras palabras, si Jesús no asumía la plenitud de nuestra naturaleza, no podía salvarnos íntegramente; por eso, él asumió una naturaleza humana perfecta, con una excepción – el pecado.

Esto no es meramente teología, sino que tiene un valor enorme para nuestra vida cristiana. Porque cuando el Verbo de Dios asumió la naturaleza humana, se despojó de los atributos de su gloria divina, no en el sentido de abandonarlos, (porque si realmente abandonara sus atributos divinos, ya no sería más Dios), sino en cuanto los ocultó, los suspendió, dejándolos en manos del Padre.

Por amor a nosotros, el Señor dejó su gloria, todo lo que poseía en los cielos, y se humilló a sí mismo, haciéndose como uno de nosotros. Él anduvo en esta tierra, débil y dependiente, como un simple hombre, sin invocar sus atributos divinos, dejando que el Padre gobernase el tiempo y la hora cuando ellos serían ma-

nifestados en su vida. ¿No es eso maravilloso?

Se hizo hombre

El Señor vivió una vida completa y perfectamente humana. Él sabe lo que es ser un hombre. Él se hizo hombre, vivió como vive el hombre, miró con los ojos del hombre, oyó con los oídos del hombre y sintió como siente el hombre. ¡Dios sabe lo que es ser como nosotros!

Jesús, el Verbo de Dios, aprendió lo que significa la incertidumbre, lo que significa depender completamente de Dios, sin saber qué vendrá mañana, confiando en la sabiduría del Padre. Él sabe lo que es el dolor, la soledad, la humillación. Por eso, «*no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades*», sino uno que nos entiende, que siente como nosotros, que sabe perfectamente lo que es ser hombre y aun lo que es morir como muere el hombre. Ni siquiera de eso fue librado, ni mucho menos. Todo eso hizo él por nosotros.

En todo ese tiempo, Jesús tenía que ser no solo el hombre según el corazón de Dios, sino además ser el principio de una nueva humanidad. Porque en él la humanidad fue recreada, restaurada, levantada del cautiverio de la muerte y del peca-

do, y regresada al propósito eterno de Dios. Puesto que todos fallamos en Adán, él se convirtió en el comienzo de una nueva humanidad. Esto significa que él aprendió a vivir como el hombre debió siempre haber vivido delante de Dios.

Desde la eternidad, el Verbo es la imagen perfecta de Dios, la expresión misma de Dios. Pero, cuando se hizo hombre, aprendió a ser la imagen de Dios ahora como un hombre. Tuvo que aprender a la manera humana. ¿Y cómo se hace eso? Vamos a verlo en la historia de Jesús.

Recuerden que él llamó a doce, «*para que estuviesen con él*». Aquí hay un gran misterio. Así, ellos le conocieron; fueron entrenados, capacitados para ser como Jesús. Viéndole, los discípulos aprendieron a ser hombres conforme al corazón de Dios. Ahora, veamos qué aprendieron ellos de él.

Tuvo que aprender

¿Cómo Jesús llegó a manifestar la perfecta imagen de Dios como hombre? Recuerden, como Verbo de Dios, él es eternamente la imagen de Dios; pero ahora fue hecho hombre, y los hombres no nacemos perfectos y maduros. Nacemos bebés y tenemos que aprender a razonar y a usar nuestra voluntad. Jesús nació como nacemos todos nosotros.

Cuando el Verbo de Dios se hizo carne, entró en el sueño de la inconsciencia, en el vientre materno.

¿Cómo él pudo hacer algo así? Aquel que es omnisciente, que todo lo sabe desde la eternidad, entró en un estado de desconocimiento absoluto en el vientre de su madre, y nació como nacemos todos. Tuvo que aprender a hablar, a pensar, a caminar, como todos nosotros aprendemos. Pero, a diferencia nuestra, él estaba en las manos de Dios el Padre y, desde el principio, el Espíritu de Dios estuvo con él.

Segundo misterio

Entonces, tenemos un segundo gran misterio. Dijimos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una misma esencia divina, indivisible. Existe, además, una unión inexpresable del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, como una danza eterna de las personas divinas, tan compenetradas la una en la otra, que todo lo que hace uno lo hace también el otro.

No hay un solo acto del Padre que no sea hecho por el Hijo y a la vez por el Espíritu. No hay un solo acto del Hijo en el cual no estén el Padre y el Espíritu, y no hay un solo acto del Espíritu donde no estén también el Padre y el Hijo. Esta es la inefable compenetración de las personas divinas.

Piensen en esto por un momento. Cuando el Verbo se hace carne y experimenta el camino del hombre, de alguna manera, la Divinidad completa recorre ese camino con él. Jesús dijo: «...porque el Padre siempre está conmigo» (Juan 16:32).

Y no solo el Padre. Una tercera persona siempre estuvo con él: el Espíritu Santo de Dios. De manera que, en Jesús, también el Espíritu de Dios recorrió el camino del hombre.

Esto es tremendamente importante para nosotros. El Espíritu le instruyó, de modo que la vida humana de Jesús fue formada y perfeccionada por el Espíritu Santo, bajo el gobierno del Padre. La naturaleza humana de Jesús no podía volverse di-

La santa unción

Un pasaje del Antiguo Testamento nos ayuda a entenderlo mejor: «*Habló más Jehová a Moisés, diciendo: Tomarás especias finas: de mirra excelente quinientos siclos, y de canela aromática la mitad, esto es, doscientos cincuenta, de cálamo aromático doscientos cincuenta, de casia quinientos, según el siclo del santuario, y de aceite de olivas un hin. Y harás de ello el aceite de la santa unción; superior unguento, según el arte del perfumador, será el aceite de la unción santa. Con él ungirás el tabernáculo de reunión, el arca del testimonio, la mesa con todos sus utensilios, el candelero con todos sus utensilios, el altar del in-*

¿Es posible conocer hoy a Jesús y, a través de él, conocer al Padre y al Espíritu Santo, como lo conocieron los discípulos?

vina; sin embargo, se convirtió en el contenedor de la vida divina, que habitó plenamente, no solo en su naturaleza divina como Verbo de Dios, sino ahora también en su naturaleza humana, hasta donde ésta podía contener y expresar la vida divina.

cienso, el altar del holocausto con todos sus utensilios, y la fuente y su base. Así los consagrarás, y serán cosas santísimas; todo lo que tocare en ellos, será santificado. Ungirás también a Aarón y a sus hijos, y los consagrarás para que sean mis sacerdotes. Y hablarás a los hijos de Israel, diciendo: Este será mi aceite de la santa unción por vuestras ge-

neraciones. Sobre carne de hombre no será derramado, ni haréis otro semejante, conforme a su composición; santo es, y por santo lo tendréis vosotros. Cualquiera que compusiere unguento semejante, y que pusiere de él sobre extraño, será cortado de entre su pueblo» (Éx. 30:22-33).

El tabernáculo, del cual se habla aquí, es figura de la iglesia. Todos los elementos mencionados aquí representan diferentes elementos de la iglesia de Cristo. Para que la casa fuese establecida, debía ser unguida con el aceite de la unción, que era lo que santificaba al tabernáculo para el propósito de Dios.

En el Antiguo Testamento, el aceite es figura del Espíritu Santo. Y en el Nuevo Testamento se nos dice que la unción es el Espíritu Santo. La unción capacitaba a la casa. Por ello, cada elemento de la casa tenía que ser unguido. Pero observen con atención aquí: no es puro aceite, sino un aceite compuesto, un perfume.

Para crear un perfume se requieren dos elementos. El primero es un fijador, que captura los aromas de algún tipo de esencia y los fija en él en forma permanente; y el segundo elemento es el material que da su aroma al aceite. Cuando estos ingredientes se ponen en el aceite, libe-

ran su aroma. Este es el arte del perfumador, y eso pasa en realidad con todos los perfumes. No se trata solo aceite puro de oliva, sino de un aceite que ha capturado los aromas de todos los elementos depositados en él.

¿Cuáles son esos elementos? Mirra, canela y cálamo aromático y casia. Cada especia representa un rasgo de la humanidad perfecta del Señor Jesucristo. Por ejemplo, la mirra, el sufrimiento del Señor. Pero esa humanidad fue sumergida en el Espíritu Santo de Dios, y todas las características de su humanidad se fijaron para siempre en el Espíritu, porque el Espíritu caminó con él toda la jornada de su encarnación.

Cada sufrimiento, cada acto de la humanidad santificada y perfeccionada del Señor, se fijaron en el Espíritu Santo. Es por eso que el Espíritu Santo vino a ser el Espíritu de Jesús el hombre. La Escritura dice que aun la muerte del Señor fue realizada mediante el Espíritu Santo de Dios. Entonces, cuando el Señor subió al cielo, y derramó el Espíritu sobre nosotros, no fue el Espíritu como era – por decirlo así–, puro, en la eternidad, sino el Espíritu que había caminado con él durante los días de su encarnación, y que retuvo en sí mismo todas las cualidades y riquezas

de la humanidad perfecta del Señor Jesús.

Aprendiendo a vivir Su vida

Ese es el Espíritu que él derramó sobre nosotros. Por eso es tan vital entender la relación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Porque el Espíritu Santo es también el Espíritu de Cristo, el Espíritu que posee la misma vida divina del Padre y del Hijo, pero una vida que ha sido 'humanizada' para nosotros.

Nosotros no podríamos resistir ni por un segundo la vida divina en un estado 'químicamente puro'. Ella nos destruiría. Pero esa vida fue filtrada a través de la humanidad de Cristo, y llegó a nosotros humanizada; no nos fue impartida directamente, sino que fue mediada, humanizada y atenuada en Cristo. Esta es la vida que Espíritu ahora nos entrega.

¿Qué aprendemos, entonces, de Jesucristo el hombre? Aprendemos a vivir, como hombres, la vida divina. Y, ¿cómo se vive esa vida? Veamos otro pasaje. En el contexto de Juan capítulo 5, ocurre un milagro. El Señor Jesús sana a un parálítico en el estanque de Betesda, y provoca todo un revuelo, porque lo ha hecho un día sábado. A los judíos les parecía que no se podía hacer nada en ese día, y que el Señor Jesús quebrantaba el sábado.

Entonces, el Señor Jesús responde: «No puedo yo hacer nada por mí mismo» (v. 30). Esta es la lección de vida cristiana práctica más importante que él enseñó jamás a sus discípulos, una lección fundamental, que el Señor grabó a fuego en el corazón de ellos. El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino «según oigo, así juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre». Versículos 31-32: «Si yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio no es verdadero. Otro es el que da testimonio acerca de mí, y sé que el testimonio que da de mí es verdadero».

Nada por sí mismo

Ahora veamos los versículos 19-20: «Respondió entonces Jesús, y les dijo: De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente. Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace; y mayores obras que estas le mostrará, de modo que vosotros os maravilléis».

Los judíos estaban juzgando al Señor por causa de aquel milagro. Y él responde que él no puede hacer nada, a menos que el Padre lo haga

en él. Esto es maravilloso, porque él está hablando como un hombre, tomando la posición de los hombres ante Dios. Aun el más perfecto de todos los hombres no podía hacer nada por sí mismo.

Esta es la lección más importante que Jesús enseñó con sus palabras y ejemplo. El hombre no puede hacer nada por sí mismo. De hecho, él renunció a la manifestación de sus atributos divinos, y ahora dependía del Padre para hacer todo, aunque podría hacerlo, porque todo lo que el Padre hace, lo hace el Hijo igualmente, y ambos son inseparables en su acción. Sin embargo, él habla como hombre y reconoce: «*El Padre que mora en mí, él hace las obras*» (Juan 14:10).

Jesús escuchaba solo una voz – la voz del Padre. Y actuaba gobernado por esa voz, en todo. Pensaba los pensamientos de Dios, sentía los sentimientos de Dios, pero como hombre. Él había habituado su oído para oír aquella única voz, y así caminó él en la tierra. Entonces, cuando llegó el final, él les dijo a sus discípulos: «*Separados de mí, nada podéis hacer*» (Juan 15:5). «*Como me envío el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí*» (Juan 6:57). «Así como yo no puedo hacer nada

sin mi Padre, así ustedes no pueden hacer nada sin mí».

Cuando Jesús llamó a los discípulos, les dijo: «*Si alguno quiere venir en pos de mí...*». ¿Qué es lo primero que tiene que hacer un discípulo? ¿Y lo segundo y lo tercero, y siempre? «*...niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame*» (Luc. 9:23). Negarse a pensar sus propios pensamientos, a tomar sus propias decisiones, a sentir sus propios sentimientos, para pensar los pensamientos de Cristo, sentir los sentimientos de Cristo y hacer las obras de Cristo. Ese es el secreto que Jesús enseñó a sus discípulos.

El secreto del Reino

¿Hemos aprendido la lección? ¿Podemos nosotros hacer milagros? No. Jamás haremos un solo milagro por nosotros mismos. El Padre ni siquiera le delegó a Jesús el poder de hacer milagros a discreción. El Hijo solo los hacía cuando el Padre los hacía en él. Estaba en la soberana potestad de Dios hacer o no hacer esas obras, y por ello Jesús sanó solo a un hombre en el estanque de Betesda, aunque allí había una multitud de enfermos.

¡Cuán glorioso es estar bajo las órdenes del cielo! Cuando el cielo está abierto sobre nosotros, vemos a Jesucristo, todas las obras de Dios

obrando a través de él, y las palabras de Dios fluyendo a través de él. Los enfermos eran sanados y los endemoniados eran libertados, porque el reino de Dios estaba viniendo sobre él y a través de él.

¿Cuál es el secreto de ese Reino?: *El Hijo no puede hacer nada por sí mismo*. Este es el secreto de un cielo abierto. Si el cielo no está abierto como debiera sobre nosotros, es porque aún creemos ser capaces de hacer muchas cosas por nosotros mismos. Pero esa es la gran lección que nos enseñó el Maestro: No puedo hablar nada por mí mismo; yo oigo, y así hablo. Lo que escucho, eso digo; lo que veo, eso hago. Por eso, Juan dice: «*Lo que hemos visto*», no lo que hemos inventado o lo que a nosotros nos parece. «*Lo que hemos visto y oído, eso anunciamos*» (1ª Juan 1:13).

¿Es posible conocer hoy a Jesús y, a través de él, conocer al Padre y al Espíritu Santo, como lo conocieron los discípulos? La Escritura afirma que sí es posible. ¿Cómo aprendieron los apóstoles a vivir bajo la unción del Espíritu? Jesús les enseñó, no de manera teórica, sino práctica. Él anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios lo había ungido con el Espíritu Santo y con poder, y ellos aprendieron con Jesús cómo caminar bajo la unción del Espíritu.

Hay tanto que aprender de Jesús; por eso somos sus discípulos, para aprender de él y vivir como él vivió. Recuerden, el conocimiento de Dios trae el carácter; y el carácter trae la autoridad y el dominio. Que el Señor nos socorra a todos.

Mensaje impartido en Cuba (Octubre 2013).

LOS VERDADEROS SIERVOS

Una vez asistí a un retiro en el que me regalaron como recuerdo una pequeña toalla que tenía bordada la escena de Jesús lavando los pies de los discípulos. Por años usé aquella toalla como decoración hasta que una de mis hijas la usó accidentalmente para limpiar el auto. Hemos frotado la toalla con quitamanchas y la hemos lavado a máquina, pero sigue manchada con grasa y tizne.

Al principio me disgusté por el uso que le dieron a mi toalla. Pero luego comencé a ver la toalla como un retrato de mí mismo. Ahora la toallita me sirve para recordarme que la autopreservación me conservará intocable, pero completamente inútil en mi servicio a Cristo. Los verdaderos siervos se ensucian todos los días.

Tomado de *Nuestro Pan Diario*



Los llamados a salir

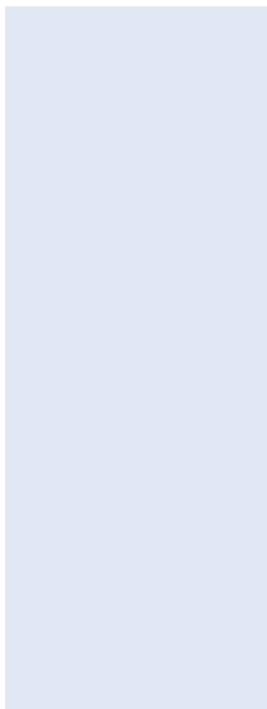
Rubén Chacón

«Salir afuera de» no es una característica más de la iglesia, sino es parte de su sello fundamental.

Etimología de la palabra iglesia

El primero que mencionó la iglesia en el Nuevo Testamento fue el propio Señor Jesucristo. Fue en el evangelio de Mateo que nuestro Señor, por primera vez, habló de la iglesia en los siguientes términos. Él dijo: «Y sobre esta roca edificaré mi iglesia» (16:18). Pero ¿qué quiso significar el Señor con la expresión «mi iglesia»? ¿A qué realidad estaba apuntando con dicha expresión? ¿Cuál era su contenido?

A fin de contestar estas preguntas resultará interesante atender, no al sentido ordinario del término «iglesia», sino a su significado etimológico. La palabra «iglesia» es una transliteración del término griego «ekklesia». Este vocablo griego se deriva, a su vez, de dos palabras: De la preposición «ek» que significa «afuera de»¹ y de «klesis» que significa «llamamiento». Por lo tanto, la palabra iglesia, en su sentido etimológico, significa «los llamados



afuera» o como dice el título de este artículo: «Los llamados a salir».

Característica esencial

La importancia de esta precisión lingüística radica en que ella devela algo que es de la esencia de la iglesia. «Salir afuera de» no es una característica más de la iglesia, sino es parte de su sello fundamental. Cuando el Señor Jesucristo dijo: «Yo edificaré mi iglesia», estaba diciendo, en otras palabras, que él edificaría una comunidad, una asamblea, o una congregación de personas que tendría por una de sus características principales, si no la principal, el hecho de estar permanentemente «saliendo».

La iglesia es, pues, «los que salen afuera permanentemente». Este es su sello, éste es su estilo de vida. Nosotros, que por naturaleza tendemos permanentemente a establecernos, pensamos que cuando el Señor dijo: «Yo edificaré la asamblea de los llamados afuera» se estaba refiriendo solamente a «salir» del mundo. Pero no es así. Pensar de esa manera sería como imaginar que los israelitas sólo necesitaban salir de Egipto para cumplir con el propósito del Señor. Salir de Egipto, si bien los constituyó en el pueblo del Señor, así como a nosotros «salir» del mundo nos constituyó en la iglesia

de Jesucristo, sin embargo, el propósito de Dios con Israel iba mucho más allá de Egipto.

La meta de Dios para Israel no era salir de Egipto, sino alcanzar Canaán. Lo interesante de este hecho es que entre Egipto y Canaán hubo 42 jornadas o etapas que Israel tuvo que atravesar. El libro de Números lo registra así: «*Estas son las jornadas de los hijos de Israel, que salieron de la tierra de Egipto por sus ejércitos, bajo el mando de Moisés y Aarón. Moisés escribió sus salidas conforme a sus jornadas por mandato de Jehová. Estas, pues, son sus jornadas con arreglo a sus salidas*» (33:1-2). ¿Te das cuenta? Los israelitas no solo salieron de Ramesés (Egipto), sino que tuvieron que salir 42 veces antes de llegar a Canaán. El «éxodo» de Egipto fue el primero y, quizás, el más importante, pero no fue el único.

«*Moisés iba anotando los nombres de los lugares de donde salían, etapa por etapa*» (Núm. 33:2: Dios Habla Hoy). Este es el criterio con que Moisés escribió este hermoso libro: Él no registraba el lugar a donde llegaban, sino el lugar de donde salían. Lo que se quiere enfatizar es que los israelitas no debían establecerse en los lugares a donde llegaban, pues ninguno de ellos era la meta final.

Cada lugar representaba una experiencia espiritual de la cual, finalmente, había que salir, porque ninguna de ellas en particular representaba la meta final. No solamente había que salir de Ramesés, que espiritualmente significa «salir» del mundo, sino también de aquellos otros lugares que, si bien representaban experiencias espirituales buenas, todavía no eran, sin embargo, la «llegada» final.

El escritor a los Hebreos, lo dirá así: «Por tanto, **dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección**» (6:1). El apóstol Pablo, por su parte, lo dirá de esta manera: «Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo» (Filip. 1:6). ¿Hasta cuando seremos perfeccionados? Hasta el día de su venida. Por lo tanto, la iglesia no debe establecerse en ninguna de sus jornadas. Su **sino** permanente es salir, peregrinar y caminar.

La tendencia a establecernos

Lamentablemente la iglesia a lo largo de su historia, una y otra vez ha tendido a establecerse en alguna de las jornadas alcanzadas. Y cada vez que lo ha hecho, inmediatamente ha comenzado a secarse y a fosilizarse.

Una renovación que deja de renovarse se hace vieja.

Era completamente normal que los israelitas permanecieran establecidos por un tiempo en un determinado lugar. Pero inmediatamente que la nube se movía, Israel levantaba su campamento y volvía a salir. Nosotros, en cambio, tendemos a pensar que la última etapa alcanzada es el clímax de la vida espiritual y, en consecuencia, nos hacemos «enramadas» y nos quedamos allí. Así, algunos han hecho de la experiencia pentecostal el sumo de la experiencia cristiana; otros, han hecho de la verdad del reino de Dios la meta. Algunos han interpretado Canaán como el cielo. Y entre todos ellos, estamos también los que hemos entendido que la persona de Cristo es nuestro Canaán.

Por la misericordia del Señor nosotros hemos entendido que Canaán no era otra cosa que una alegoría de Cristo mismo. Prueba de ello es lo que dice el escritor a los Hebreos, cuando declara que «si Josué les hubiera dado el reposo, Dios no habría hablado posteriormente de otro día» (4:8 NVI). Pero ¡Cómo! ¿Acaso Josué no los introdujo en la tierra prometida? Claro que sí, pero en la Canaán física; no en la Canaán espiritual que es Cristo. El verdadero re-

poso es de índole espiritual y sólo se encuentra en Cristo.

Nosotros también corremos peligro

Sin embargo, nosotros también corremos el peligro de detenernos y estacionarnos indebidamente, pues, aunque es cierto que hemos arribado al conocimiento de Cristo mismo como la verdad suprema, no es menos cierto que nuestro conocimiento de él todavía es parcial e incompleto. Sigue, pues, siendo verdad absoluta que Cristo es la Verdad; no obstante, nuestra comprensión de ella es aún relativa.

Como dijera Pablo: *«Estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo... a fin de conocerle»* (Filip. 3:8-10). Por ello, ni siquiera en nuestro caso cabe detenerse. Es como si en un viaje que tiene por destino llegar al mar, nos conformásemos tan solo con tocar-

lo. En ese caso, sería verdad que alcanzamos la meta; sin embargo, no sería menos cierto que solo estamos en el borde del mar y que las aguas apenas nos cubren los pies. Aunque sería cierto que estamos **en** el mar, la inmensidad de él todavía nos estaría oculta.

Así también podría ocurrir con nosotros, si después de haber arribado a Cristo mismo, nos estableciéramos en una medida parcial de su conocimiento. En rigor, enarboláramos un grado de conocimiento de Cristo y no a Cristo mismo.

Pertinente a este respecto son las palabras del Dr. Philip Schaff, reconocido erudito: «Las divisiones del cristianismo serán finalmente superadas a favor de una más profunda y rica armonía, de la cual Cristo es la nota principal. En él, y por él, todos los problemas de la teología y la historia serán resueltos. En el mejor caso, un credo humano es sólo una expresión aproximada y relativamente correcta de la verdad revelada, y puede ser mejorado con el pro-

¿El resultado de un nuevo avivamiento, tendrá que ser una nueva iglesia que, en cien años más, estará a su vez necesitada de un nuevo avivamiento?

gresivo conocimiento de la iglesia, mientras que la Biblia sigue siendo perfecta e infalible. Cualquier visión que dé mayor autoridad a los creos es antiprotestante y esencialmente romanizante»².

Por lo tanto, aun para aquellos que hemos entendido que el conocimiento de la persona de Cristo es la vida eterna, el mandato de seguir saliendo sigue vigente. Pero, si ya estamos en la meta ¿hacia dónde habremos de salir? Pues bien, debemos ir más profundos en Cristo, más adentro de él. Como dijera el profeta Oseas: «*Y conoceremos, y **proseguiremos** en conocer a Jehová*» (Os. 6:3).

No debemos quedarnos solamente en el borde, debemos nadar en él. Más aún, debemos subirnos a un bote y adentrarnos en el mar. Mejor todavía si podemos subir a un crucero y recorrer su inmensidad; bajar a sus profundidades y admirar sus corales y arrecifes; recorrer su flora y su fauna.

La enseñanza del libro de Josué es que Israel, después de cruzar el Jordán, debía tomar posesión de **toda** la tierra: De sus valles y sus montañas, de sus lagos y sus ríos, su costa y sus riquezas. No obstante, la enseñanza del libro de los Jueces es que Israel fue negligente en tomar

posesión de toda la tierra de Canaán. Se conformaron solo con una parte. Incluso dos tribus y media ni siquiera cruzaron el Jordán. ¿Por qué? Porque tenían muchísimo ganado y Jazer y Galaad eran apropiadas para la ganadería (Núm. 32). Eso fue suficiente para ellos. Se conformaron con poco. Se conformaron con algo de Cristo, pero no con Cristo mismo. Por algo bueno, perdieron lo mejor.

La división, fruto del estancamiento

Si nosotros dejamos de seguir saliendo hacia Cristo, para ir más profundos en él, no sólo nos secaremos y nos volveremos viejos, sino que también seremos presa fácil del flagelo de la división. Si no aprendemos de la historia, estamos destinados a repetir sus errores.

Toda vez que la iglesia dejó de proseguir «en Cristo» hacia Cristo, se volvió decadente y la muerte espiritual comenzó a hacer su trabajo en ella. Mas, como la vida de Cristo que está en ella no puede ser retenida por la muerte, tarde o temprano ella termina rompiendo toda barrera y estructuración que se hace de la iglesia.

Así, en el pasado, «los valdenses, luteranos, presbiterianos, metodistas, salvacionistas y otros muchos, han

salido del seno de la iglesia para formar otra más pura». Y en 1909, el hermano Hoover agregaba: «Los pentecostales somos los últimos hasta la fecha»³. Ilustrativa de este punto resulta la historia de la iglesia metodista. La iglesia Metodista había surgido del avivamiento que trajo a Inglaterra, en el siglo dieciocho, el ministerio del hasta ese momento anglicano John Wesley (1703-1791). Sin embargo, la condición espiritual de la iglesia Metodista Episcopal de Chile era deplorable a principios del siglo XX.

Así, alrededor de cien años después, un nuevo avivamiento visitó, ahora, a la iglesia metodista y surgió una nueva iglesia, la iglesia Metodista Pentecostal. Por ello, cabe la pregunta: ¿El resultado de un nuevo avivamiento, tendrá que ser una nueva

iglesia que, en cien años más, estará a su vez necesitada de un nuevo avivamiento? Aquí hay algo extraño ¿no les parece? ¿No será que cuando Dios nos visita no logramos entender exactamente lo que él quiere hacer? Estoy convencido que siempre nos quedamos cortos a la hora de responder a la visitación de Dios.

Entonces, ¡líbrenos el Señor de detenernos en medio del camino y, como dijera Pablo, no pretendamos haberlo alcanzado, sino extendiéndonos a lo que está delante, prosigamos a la meta! ¡Que así sea!

Notas

¹ El sentido de la preposición es «de adentro hacia afuera».

² «Azusa Street», pág. 251.

³ W. C. Hoover, «Historia del Avivamiento Pentecostal en Chile», 6ª edición, pág. 112.

RESPONSABLES POR EL HERMANO

Hace algunas décadas atrás hubo un gran avivamiento en el norte de África. Uno de los hermanos presentes allí en aquel tiempo fue Ron Hession, que ha escrito una pequeña trilogía llamada «El Camino del Calvario», «Queremos ver a Jesús», y «Sed Llenos Ahora».

En uno de sus libros, él dice que los hermanos del norte de África, llenos del Espíritu Santo, se buscaban unos a otros, y se decían: «Mi hermano, usted es tan responsable, delante de Dios, por mi vida, como lo soy yo. Entonces, todo aquello que según usted no esté agradando a Dios en mi vida, usted es responsable. Usted debe cuidar de mí. Esa es su obligación».

Eso es un genuino avivamiento espiritual.

Adaptado de *Visión y Vocación*, de Romeu Bornelli



La Cruz y la persona de Cristo

La Cruz de Cristo nos introduce en una vida de unión y unidad con Dios.

T. Austin-Sparks

Es de vital importancia reconocer que la persona de nuestro Señor no puede realmente ser conocida y entendida aparte de la Cruz.

Es igualmente importante darse cuenta que la Cruz realmente es solo comprensible y suficientemente apreciable cuando es discernida la persona de Cristo. Estas dos cosas obran de común acuerdo y son mutuamente dependientes.

Quién es Jesús

En los días de su vida terrenal, sus discípulos y el pueblo deseaban un Cristo sin la Cruz. Ante sus ojos no había lugar para la Cruz. Aquello era una contradicción a todas sus esperanzas y expectativas. Siempre que él se refería a ella, una sombra oscura se cernía sobre ellos, y se sentían irritados. De hecho, ellos se rebelaban muy decididamente contra la idea y la sugerencia.

En forma paralela a esta ceguera para discernir el significado y el valor de la Cruz estaba, por

una parte, la referencia continua del Señor a Su propia persona esencial como Hijo de Dios, y por otra parte, la total incapacidad de ellos para reconocerlo. Solo destellos fugaces de iluminación permitieron que uno o dos de ellos lo viesen como tal, y entonces, a juzgar por su conducta posterior, pareciera que ellos perdieron la visión, y las nubes generales de la incertidumbre los envolvieron de nuevo. El estado y posición en que los encontramos cuando Él hubo sido crucificado indican cómo la realidad de Su persona no había podido entrar en la vida íntima de ellos.

Pero lo interesante y significativo es que el Señor todo el tiempo señaló que esta doble incapacidad sería quitada cuando la Cruz fuera realmente un hecho consumado. El capítulo 8 del evangelio de Juan es un gran ejemplo de esto. En él, Jesús está concentrando todo sobre la cuestión de su persona.

«Yo soy la luz del mundo ... Entonces los fariseos le dijeron: Tú das testimonio acerca de ti mismo; tu testimonio no es verdadero ... Mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde he venido y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo, ni a dónde voy ... Ellos le dijeron: ¿Dónde está tu Padre? Respondió Jesús: Ni a mí me conocéis, ni a mi

Padre; si a mí me conocieseis, también a mi Padre conoceríais ... Y les dijo: Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo ... Entonces le dijeron: ¿Tú quién eres? Entonces Jesús les dijo: Lo que desde el principio os he dicho» (8:12-25).

Entonces viene la declaración que es el momento crucial de todo: *«Les dijo, pues, Jesús: Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy» (8:27).* Pero continúen leyendo hasta el final del capítulo.

Por algo más que la implicación, Jesús había establecido el mismo principio con Nicodemo. Nicodemo andaba a tientas en la oscuridad en cuanto a la persona de Cristo. *«Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro...».*

Jesús precisó que, para «ver», debe ocurrir algo mediante lo cual se obtiene una nueva facultad; es necesario un nuevo nacimiento.

Luego condujo a Nicodemo hacia la Cruz, usando la misma frase del capítulo 8: *«Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado» (Juan 3:14).* La ley enunciada es que será la Cruz la que revele quién es Jesús.

La unión con Dios asegurada para el hombre en Cristo

Dentro de lo que acabamos de decir reside la esencia misma de la relevancia de Cristo. Miremos brevemente ese contenido esencial. ¿Cuál es la causa por la cual Cristo es preeminente en toda la revelación de las Escrituras? La respuesta es: la unión con Dios.

Esa ha sido la razón por la cual el hombre ha estado en búsqueda en tanto él ha sido una criatura pecadora. De maneras casi incontables y por muchos medios él ha buscado esa paz y reposo que solo pueden ser disfrutados por medio de la unión con Dios. La Biblia nos muestra que, en alguna parte, de alguna forma, la comunión con Dios se perdió. Tres cosas se convirtieron en las señales siempre activas y constantes de esta ruptura de relaciones. Una, la mentira; dos, la enemistad; y tres, la muerte.

Los resultados de la caída

a) Una mentira creída

El hombre no solo ha creído y ha aceptado una mentira; sino que ella ha entrado en su constitución, y él es un alma engañada y obscurecida. Por sí mismo, él no conoce, ni es capaz de conocer o de ser, la verdad. *«Engañoso es el corazón más que*

todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?» (Jer. 17:9). Al hombre se le dijo que si él tomaba un curso contrario a aquel establecido por Dios y asumiera el derecho de utilizar su propia razón *independientemente de Dios*, él sería *«como Dios»*. Él aceptó la mentira, hizo su oferta por la supremacía, entronizó su razón en la independencia, y fue capturado por la mentira.

El resultado de esto ha sido —y es— un enorme desarrollo del logro humano por el cual el hombre se ha transformado en un señor en su propio derecho (como él cree) y ciego al hecho de que la destrucción y el sufrimiento son un fruto cada vez mayor de su ciencia. Tanto es así, que la pregunta ha sido planteada seriamente por los hombres en posición para hacerla, en cuanto a si la ciencia es un mayor benefactor de lo que es una maldición.

Hay que recordar que la mayoría del desempleo, con sus consiguientes miserias y problemas, tiene su origen en la ciencia que ha suplantado a los hombres por las máquinas, y a la destreza humana por la producción en masa. La misma responsabilidad se encuentra en la puerta de la ciencia por la capacidad de destruir a los hombres y a la tierra en una escala tan inmensa que era impensable hace una generación.

Proyecte el curso y el ritmo actual en unas pocas generaciones, ¿y qué clase de mundo será? Por supuesto, el argumento no es que la ciencia es en sí misma necesariamente malvada, pero nuestro punto es que el hombre cree que él está permanentemente mejorando, cuando, de hecho, no hay una elevación moral que corresponda al desarrollo intelectual.

Un científico ha dicho: «Tanto la historia como la ciencia nos autorizan a creer que la humanidad ha hecho grandes avances en acumular conocimiento y experiencia y en idear instrumentos de vida; y el valor de todo esto es incuestionable. Pero ellos no constituyen progreso real en la propia naturaleza humana, y en ausencia de tal progreso esos logros son externos, precarios, y susceptibles de convertirse en nuestra propia destrucción».

De la simple indicación dada se puede ver con seguridad que la humanidad va cabalgando sobre una mentira bajo la forma de un tigre que la despedazará.

Pero la fuerza de la mentira reside en el hecho de que el hombre no la reconoce; él está ciego y en oscuridad en cuanto a su naturaleza y origen. Este es todo el rencor del diablo contra Dios.

b) *La enemistad establecida*

Lo mismo es verdad en cuanto al tema de la enemistad. Nunca está muy lejos del interés personal y la auto-realización, la guerra y el derramamiento de sangre. No leemos de mucha historia entre la opción de Adán por la gloria personal y el asesinato de Abel a manos de su hermano Caín. Ambos son uno en principio. Ya sea en casos individuales, como en el principio, o en el caso de millones trabados en la destrucción mortal unos a otros, la raíz se encuentra en el deseo del hombre de adquirir.

El nombre Caín significa codicia, o posesividad. Debemos ser perfectamente honestos sobre esto. La iglesia cristiana no es una excepción a esta regla. Los cristianos se han dividido en miles de sectas, y muchas de éstas son antagónicas una de la otra, o por lo menos distantes y sospechosas una a otra. La enemistad entre creyentes es tenida en cuenta incluso en el Nuevo Testamento. Es el trabajo del diablo cada vez, pero aun el diablo debe tener su terreno. Eso es lo que él encuentra en la vieja naturaleza del hombre.

Cada división en el pueblo del Señor es, en esencia, lo mismo que las enemistades del mundo ateo que hace guerras. Es atribuible a algún ele-

mento de autoafirmación de la misma vieja creación. Nunca hubo, ni habrá, una división realmente cristiana entre los cristianos. Cada división es, de alguna forma, una negación y una contradicción de Cristo. La causa evidente puede no ser alguna carnalidad llameante, sin embargo será diferente al camino de Cristo. La enemistad es una señal de que la unidad con Dios ha sido interrumpida, detenida o quebrantada.

c) La muerte

La tercera característica de esta destrucción de la unión con Dios es la muerte. Si la vida es el ajuste perfecto y armónico del hombre con Dios, entonces el hombre no tiene vida. El Nuevo Testamento asume esto, sin discusión. La muerte no es —en el sentido de la Biblia— la cesación del ser, ni un estado de inanimación. Es solo una separación de la fuente de la vida verdadera, con toda la incapacidad que esa separación implique. La muerte espiritual es una cosa poderosamente activa y, en todas las cosas que realmente se relacionen con la voluntad de Dios, se resuelve en un poderoso «imposible».

Para el cumplimiento de todos los designios y propósitos de Dios, y la constitución de la creación que él se ha propuesto, la posesión de su mis-

ma vida divina e increada es esencial. El hombre, por naturaleza, no posee esa vida, y el humanismo es una de las formas más sutiles y más populares —y la más devastadora— de la mentira del diablo. Por lo tanto, el hombre, tal como él es, no puede ver el reino de Dios. La unión con Dios es una cuestión de poseer la vida de Dios. Esa provisión es impartida por el nuevo nacimiento. Así nosotros somos conducidos a la Persona y a la Cruz de Cristo.

Una nueva humanidad en Cristo

Mientras aún quedan por explorar recursos demasiado profundos y peligrosos incluso para el pueblo iluminado de Dios, lo único que está claro como conclusión es que la Encarnación fue pensada para disponer la unión entre Dios y el hombre, y el hombre y Dios, según la intención divina. Aquí tenemos realmente a Dios mismo uniéndose con el hombre. Pero —entiéndase bien— no con el hombre pecador o con nuestra humanidad caída. Dios preparó aquel cuerpo santo (Heb. 10:5; Lucas 1:35).

Cuando Cristo entró en este mundo, trajo consigo una humanidad que —aun siendo humanidad— era diferente de todo lo demás. Había por lo tanto dos humanidades, una representada únicamente por esta Perso-

na solitaria; la otra, por todo el resto de los hombres. Pero, aun así, su humanidad era solo una prueba. Ya que el principio de animación de su ser físico era la sangre, él estaba expuesto al cansancio, al hambre y la sed, y por lo tanto era capaz de morir y de ver la corrupción.

Que él muriese pero no viese la corrupción, fue debido a la intervención soberana de Dios, y a la perfec-

Estamos precisando que, en Cristo, Dios y el hombre se han unido; sin embargo, en un Hombre totalmente diferente de nosotros mismos. Esta es la razón por la cual la unión con Dios –que es la revelación principal de la Biblia, consumada en el Nuevo Testamento– es siempre y solo en Cristo. Hasta que pasamos por la resurrección, la base de la vida será siempre una posición de fe en

Para conocer realmente quién es Cristo como el único en quien Dios y el hombre se reúnen, debemos venir a la Cruz de una manera experimental.

ción moral –o santidad– de su naturaleza. «No permitirás que tu santo vea corrupción» (Sal. 16:10). La condición probatoria de Cristo se relacionó totalmente con su vocación redentora. Cuando aquello fue cumplido, él todavía tenía un cuerpo humano, pero ya no más animado por el principio de la sangre o la base de la vida. Ahora –aun siendo un cuerpo– el suyo es un «cuerpo espiritual», y por lo tanto un cuerpo glorificado. ¡No es a la semejanza del Cristo terrenal, previa a la resurrección, el cuerpo al cual hemos de ser conformados, sino de su cuerpo glorioso, «el cuerpo de la gloria suya»!

él; no una realidad en nuestra carne mortal. Solo en Cristo, Dios tiene su satisfacción perfecta, y por lo tanto se ha comprometido con él. La unión es perfecta.

La mentira, la enemistad y la muerte anuladas en Cristo

Esto implica que, el triple resultado y marca de esta unión quebrantada está eliminado absolutamente y no existe en Cristo. O, para decirlo de otra manera, Cristo es el opuesto y la negación de la mentira, de la enemistad, y de la muerte. Es así que la revelación más espiritual y más ce-

lestial de Cristo, tal como aparece en el evangelio de Juan, es en términos de vida, luz, y amor.

En este registro, Cristo hace estas cosas mucho más que abstracciones, él las hace personales, y dice: «*Yo soy esto*». No hay oscuridad, sombra, mentira, o falta de absoluta transparencia en él. No hay enemistad, disensión, cisma, o contienda en su naturaleza, ni en su actitud o relacionamiento hacia los hombres, *como hombre* (solo con la maldad en el mundo y en los hombres). En él no hay separación de la fuente de la vida. Él puede decir: «*Yo soy la resurrección y la vida*» (Juan 11:25).

No había ningún egoísmo en él, por tanto, no era posible hallar en su Persona los frutos nefastos de una unión quebrada. Puede verse fácilmente que todo el esfuerzo del diablo —en sus numerosas formas— era llevarlo a actuar en alguna forma de autosuficiencia. El interés propio, la autorrealización, la autodefensa, el instinto de conservación, la autocompasión, la auto-independencia, los recursos personales, etc.

Haber tenido éxito en esta materia, en cualquier momento, habría significado introducir una cuña entre Dios y el Hombre de nuevo, y haber arruinado todo el plan de la redención. Pero el terreno puro del com-

pleto desinterés por sí mismo fue mantenido al costo más grande y a través de la prueba más ardiente, y el príncipe de este mundo quedó impotente. La unión permaneció intacta. La vida, la luz y el amor son victoriosos porque Él se negó a sí mismo absolutamente. Pero todo esto es cuanto a sí mismo, y hasta hoy sigue siendo su singularidad. Él habita solo si aquello permanece allí.

La humanidad de Cristo - compartida por la Cruz

Vamos, en el evangelio de Juan, a aquel pasaje en que algunos vinieron al Señor diciendo: «*Quisiéramos ver a Jesús*» (Juan 12:21). A esta investigación o búsqueda Jesús da una respuesta que significa dos cosas. Una: «Verme a mí como los otros me están viendo aquí y ahora, no es verme en absoluto; eso es ver y no percibir». La otra: 'Realmente verme y conocerme, unidos conmigo de una manera orgánica, es necesario; es decir, aquello que es verdadero acerca de mí en mi relación con mi Padre y su relación conmigo necesita hacerse realidad de una manera interna, en la cual ustedes estén involucrados».

Por lo tanto: «*De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo;*

pero si muere, lleva mucho fruto» (Juan 12:24). «Yo no vine a habitar solo». Aquello que es verdad de mí en cuanto a la unión con el Padre, debe ser real para ustedes *en mí*. Pero, en este punto, nosotros somos conducidos por su Persona a la Cruz. «*Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora»* (Juan 12:27). «*Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo. Y decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir»* (v. 32-33).

El apóstol Pablo ha cubierto todo este terreno en una exposición comprensiva, iluminada y explicativa. Indicamos los puntos de énfasis. «*Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos»* (2ª Cor. 5:14-15).

Alguien ha traducido libremente lo anterior de esta forma: «*Veo el amor de Cristo, y veo en su muerte singular la muerte de todo lo nuestro ya lograda a la manera de su muerte – la muerte de todo aquello que nos separa de Dios»*.

Todo esto está diciendo muy claramente que, para conocer realmen-

te quién es Cristo como el único en quien Dios y el hombre se reúnen, debemos venir a la Cruz de una manera experimental. Debemos apropiarnos de su muerte como nuestra, y entonces, también en experiencia –por medio de la fe– conocer una vida de resurrección en Él, en quien la vieja vida del yo ha sido desechada.

La persona de Cristo iluminada por la Cruz

Retrocedamos por un momento. ¿Cuál fue el significado real de la Cruz y cuál fue su efecto? Todo lo que hemos dicho sobre la persona de Cristo es verdad de él en conjunto, aparte de la cruz. Para él, la Cruz no era ninguna necesidad. Sin embargo, vino un tiempo cuando él tuvo que ser hecho lo que él mismo no era. Para redimirnos, él, que no conoció pecado, tuvo que ser hecho pecado en nuestro lugar. En aquella hora, él fue puesto en la posición del hombre como la víctima de la mentira de Satanás, con su oscuridad.

Así también él fue hecho para tomar sobre sí mismo la enemistad de nuestro estado caído, y en esa profunda experiencia, en esa posición *representativa*, él perdió la conciencia del amor del Padre. Allí permaneció solo la tercera fase de esa responsabilidad – la muerte. Por una

«hora» terrible, eterna, Cristo fue separado, perdió su unión, con su Dios. «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*» (Mat. 27:46). El misterio es demasiado profundo para nosotros, pero el hecho y la razón son claros e inequívocos.

Entonces, él murió, él «gustó la muerte», la tremenda muerte, que es la conciencia plena y desnuda, el conocimiento, la realidad, de la separación completa y el abandono de Dios.

Pero, en sí mismo, él era el immaculado Hijo de Dios y, como tal, él no podía ser retenido por la muerte (Hech. 2:24). En virtud de su impecabilidad esencial, él sobrevivió a la ira que cayó sobre lo que él había sido hecho para esa hora oscura. Él venció y destruyó a las causas, al terreno, a la fuerza y al autor de la muerte.

Fue necesario más que un hombre para hacer esto. «*Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo*» (2ª Cor. 5:19). Así, en la Cruz, toda la causa y la naturaleza de la separación de Dios fueron destruidas y, en Cristo resucitado, esa unión es perfecta *para* nosotros. «*Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús*» (Rom. 8:1).

Esta comunión perfecta con Dios, libre de condenación, hecha real por la habitación del Espíritu Santo dentro de nosotros por medio de nuestra fe en Cristo, es la posesión, la primogenitura, de aquellos que han venido a la cruz en la realización de la separación de Dios, en el más profundo anhelo de la comunión restaurada con él, y en el reconocimiento que el pecado es la causa. Así, mirando a Cristo crucificado como el autor y el consumidor de la salvación, descubren que él es más que un hombre, aun como hombre en su grandeza. Descubren que en él —y solo en él— Dios es hallado.

Entonces funciona la otra vía. ¿Podemos imaginarnos lo que Saulo de Tarso sintió —él, que había creído que Jesús de Nazaret había sido solo un hombre y un impostor entre los hombres, y había sido ejecutado como un fraude y un blasfemo— cuando vio en el camino de Damasco a éste, que era el Hijo eterno de Dios, glorificado y exaltado? Fue necesario un tiempo en Arabia para permitir que las implicaciones de aquello se ajustaran y revolucionaran toda su perspectiva.

Cuando consideramos a Aquel que fue crucificado, aquello pone a la Cruz muy distante de todas las ideas humanas de «morir por sus ideales», de una «muerte heroica por una

gran causa», y todas aquellas interpretaciones totalmente inadecuadas de la muerte de Cristo.

«*Y matasteis al Autor de la vida*» (Hech. 3:15) fue la carga puesta en la puerta de los judíos por los apóstoles. Volvemos a nuestro punto de partida. Ver quién es realmente Jesús, requiere ver la Cruz; y en la visión real de él por la Cruz apreciamos cuán grande, maravillosa, santa y tremenda es esa Cruz.

No es de sorprenderse que Satanás haya intentado siempre tomar de Su persona esencial y minimizarla. No nos extrañe que él haya tratado de manera tan persistente despojar la Cruz de su significado más verdadero. Que todos aquellos que hacen alguna de estas cosas reconozcan de dónde viene su inspiración, o la ceguera, y con quién es que ellos —aunque sea sin intención— están aliados.

Que los cristianos también entiendan que toda enemistad, carencia de amor, las divisiones y disensiones; todo prejuicio, suspicacia y ceguera espiritual; con toda la muerte espiritual que implican, es a cau-

sa de que la Cruz no ha sido aprehendida. En alguna parte, la carne no crucificada está ganando terreno. Es imposible ser un hombre o una mujer en verdad crucificado y al mismo tiempo tener intereses personales o estar en desacuerdo con otros hijos de Dios, es decir, sin amor por ellos. La base esencial de la vida, de la luz, y del amor —que es Cristo en plena manifestación— es la Cruz como una realidad obrando en el reino de la vieja creación, y el poder de Cristo resucitado en la nueva creación.

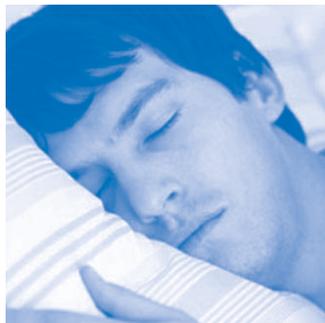
Todo esto no es sino decir, en otras palabras, que la Cruz de Cristo nos introduce en una vida de unión y unidad con Dios, y si nosotros quedemos vivir en el pleno sentido y valor de esa unión seremos epístolas vivas de Cristo en términos de vida, luz y amor. El fracaso en estos términos denota una falla en algún punto, y por alguna razón, en nuestra comunión con Dios en Cristo.

La medida de nuestro caminar con él será la medida de estos tres rasgos de Cristo.

«No habrá portadores de corona en el cielo que no sean portadores de la cruz aquí abajo» - C.H. Spurgeon.

«Todo el cielo está interesado en la cruz de Cristo, todo el infierno siente mucho miedo de ella, mientras que los hombres son los únicos seres que más o menos ignoran su significado» - Oswald Chambers.

¿Estás dormido?



Muchas personas tienen el nombre de cristianos, pero no muestran el carácter que debería acompañar al nombre.

J. C. Ryle

“*Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo*».

– Efesios 5:14.

Pongo ante ustedes una sencilla pregunta. Revisen estas reflexiones y pronto verán por qué la planteo. «¿Estás tú dormido en lo que respecta a tu alma?».

Muchas personas tienen el nombre de cristianos, pero no muestran el carácter que debería acompañar al nombre. Dios no es el Rey de sus corazones. Ellos se ocupan de las cosas terrenales. A menudo, tales personas son ágiles e inteligentes en relación a los asuntos de esta vida, buenos hombres de negocio, eficientes en su labor diaria, buenos patrones, buenos empleados, buenos vecinos, buenos ciudadanos. Todo esto es totalmente aceptable. Sin embargo, nos estamos refiriendo a la parte eterna del hom-

bre: su alma inmortal. Y en este caso, si alguien puede juzgar considerando lo poco que ellos hacen por su alma, comprobaría que son descuidados, irreflexivos, imprudentes y despreocupados. Ellos están dormidos.

No digo que Dios y la salvación sean temas que no pasan por sus mentes: pero estos asuntos no tienen un lugar preeminente. Tampoco digo que todos ellos son semejantes en sus vidas; sin duda, algunos de ellos van más lejos en el pecado que otros: pero una cosa es cierta: todos ellos se han vuelto cada uno a su propio camino, y no al camino de Dios.

No hay otra regla por la cual juzgar el estado de un hombre sino por medio de la Biblia. Y cuando leo la Biblia solo puedo concluir que tales personas están dormidas en relación a sus almas. Ellos no ven la pecaminosidad del pecado ni su propia condición, perdida, por naturaleza. Parecen tomar con liviandad los mandamientos de Dios, y les importa poco vivir según Su ley o no. Sin embargo, Dios dice que el pecado es transgresión de la ley, que Su mandamiento es sobremanera amplio, que toda intención del corazón natural es malvada, que el pecado es algo que él no puede soportar y que él aborrece, que la paga del pecado

es muerte, y que el alma que pecare morirá. Es evidente que ellos están dormidos.

¿Es éste el estado de tu alma? ¿Estás tú dormido?

Estas personas no ven su necesidad de un Salvador. Parecen pensar que es un asunto fácil llegar al cielo, y que Dios, por supuesto, será misericordioso con ellos al final, de una u otra forma, aunque no saben exactamente cómo. Pero Dios dice que él es justo y santo, y nunca cambia, que Cristo es el único camino, y nadie puede venir al Padre sino por él, que sin la sangre no hay perdón de pecados, que un hombre sin Cristo es un hombre sin esperanza, que aquellos que serán salvados deben creer en Jesús y venir a él, y que aquel que no creyere será condenado. ¡De seguro, están dormidos!

La santidad

Estas personas no ven la necesidad de la santidad. Parecen pensar que es suficiente caminar como lo hacen otros y vivir como sus vecinos. Y en cuanto a orar y leer la Biblia, tomar conciencia de las palabras y las acciones, seguir la verdad y la mansedumbre, la humildad y la caridad, y el apartarse del mundo, son cosas que ellos no parecen valorar en absoluto. No obstante, Dios dice que sin santidad ningún hombre verá al

Señor, que no entrará en el cielo nada que contamine, que su pueblo debe ser un pueblo especial, celoso de buenas obras. ¡Sin duda, ellos están dormidos!

¿Es éste el estado de su alma? ¿Estás dormido?

Un terrible riesgo

Lo peor de todo esto es que estas personas no parecen advertir el riesgo que corren. Ellos caminan con sus ojos cerrados, y parecen no saber que el fin de su senda es el infierno.

Algunos soñadores creen que son ricos cuando son pobres, o que están satisfechos cuando tienen hambre, o que están bien cuando son enfermos, y se despiertan para encontrar que todo ello es un error. Y ésta es la manera en que muchos sueñan acerca de sus almas. Pretenden que tendrán paz, y no habrá paz; imaginan que van muy bien, y en verdad encontrarán que están errados.

¡Están seguramente dormidos!

Una vez más digo: ¿Es éste el estado de tu alma? ¿Estás dormido?

Si la conciencia te aguijonea y te dice que aún estás dormido, ¿qué puedo decir para despertarte? Tu alma está en un peligro terrible. Sin un cambio poderoso, ella estará perdida. ¿Cuándo será ese cambio?

Estás en riesgo de muerte y no estás preparado para partir, tú va a ser juzgado y no estás preparado para presentarte ante Dios; tus pecados no han sido perdonados, tu persona no ha sido justificada, tu corazón no ha sido renovado. El cielo mismo no sería ninguna felicidad para ti si tú estuvieses allí, porque el Señor del cielo no es tu amigo: lo que a él le agrada no te agrada a ti; lo que él aborrece no te molesta a ti. La palabra del Señor no es tu consejero, su día no es tu placer, su ley no es tu guía.

A ti no te preocupa mucho oírle a él, e ignoras lo que es hablar con él. Estar por siempre en su compañía sería algo que no podrías soportar; y la compañía de los santos y de los ángeles sería una lata y no un gozo. En la forma en que tú vives, es como si la Biblia nunca hubiese sido escrita y Cristo nunca hubiese muerto, los apóstoles serían insensatos, los cristianos del Nuevo Testamento unos locos, y la salvación del Evangelio una cosa innecesaria. ¡Oh, despierta, y no duermas más!

Es probable que tú no creas que tu caso sea tan grave, o el peligro tan grande, o que Dios sea tan exigente. La verdad es que el diablo ha estado poniendo esta mentira en los corazones de los hombres por casi seis mil años. Ha sido su trampa

No seas como Esau, no cambies las bendiciones eternas por las cosas de hoy.

magnífica desde el día en que dijo a Eva: «No moriréis». No te dejes engañar. Dios nunca ha dejado ni dejará de castigar el pecado; jamás ha dejado de cumplir su buena palabra, y tú comprobarás esto a tu costo, un día, a menos que te arrepientas. ¡Lector, despierta!

La autojustificación

Tú puedes declarar que eres un miembro de la iglesia de Cristo y que, por lo tanto, no tienes duda de ser tan buen cristiano como otros. Pero esto solo agravará tu caso si tú no tienes nada más a qué apelar. Puedes estar registrado en el pueblo de Dios, contado en el número de los santos; puedes estar cobijado por años bajo el sonido del evangelio; puedes utilizar formas santas e incluso venir a la mesa del Señor con regularidad; y aún, con todo esto, a menos el pecado te sea aborrecible, y Cristo precioso, y su corazón un templo del Espíritu Santo, tú probarás al final no ser mejor que un alma perdida. El llamamiento santo nunca salvará a un hombre profano. ¡Despierta ahora!

Puedes argumentar que has sido bautizado, y así sentirte confiado en

que has nacido de Dios, y tienes su gracia a tu favor; pero puede ser que tú no muestres ninguna de las señales que el apóstol Juan dice, en su primera epístola, que distinguen a tal persona. Tú no confiesas que Jesús es el Cristo – venciendo al mundo, no cometiendo pecado, amando a tu hermano, haciendo justicia, guardándote del maligno.

Evidencias firmes

Entonces, ¿cómo creer que eres nacido de Dios? Si Dios fuera tu Padre, amarías a Cristo; si fueras un hijo de Dios, su Espíritu te conduciría. Se requieren evidencias firmes. Muestra arrepentimiento y fe; muestra una vida escondida con Cristo en Dios; muestra un hablar espiritual y santificado. Esos son los frutos que han de ver manifiestos, que confirman que tú eres un pámpano vivo de la vid verdadera. Pero, sin esto, tu bautismo solo agregará a tu condenación. ¡Despierta!

Hablo con fuerza, porque lo siento profundamente. El tiempo es muy corto, la vida es demasiado incierta, para permitir detenernos en ceremonias. Aun a riesgo de ofender, uso de mucha franqueza. No puedo so-

portar la idea de oír que tú seas condenado en el gran día de juicio; de ver tu rostro en la multitud a la mano izquierda de Dios, entre aquellos que están desamparados, sin esperanza, y más allá del alcance de la misericordia. No puedo soportar este tipo de pensamientos, me afligen el corazón. Antes que el día de la gracia haya pasado, y el día de la venganza comience, te invito a abrir los ojos y a arrepentirte. Considera tus caminos y sé sabio. ¡Despierta! ¿Por qué habrías de morir?

«Ven a mí»

Hoy, como embajador de Cristo, te ruego que te reconcilies con Dios. El Señor vino al mundo para salvar a los pecadores. Jesús, el mediador entre Dios y el hombre, aquel que nos amó y se entregó por nosotros, te envía un mensaje de paz: Él dice: «Ven a mí».

«Ven» es una palabra preciosa, sin duda, y debería atraerte. Tú has pecado contra el cielo: el cielo no ha pecado contra ti. Sin embargo, el primer paso hacia la paz viene desde el cielo. Es el mensaje del Señor: «Ven a mí».

«Ven», es una palabra de misericordiosa invitación, como si el Señor Jesús dijese: «Pecador, te estoy esperando. Yo no quiero que nadie perezca, sino que todos procedan al

arrepentimiento. Así como yo vivo, no me complazco en la muerte del impío. Quiero que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad. El juicio es mi obra extraña, mi delicia es hacer misericordia. Ofrezco el agua de vida a todo aquel que quiera. Estoy a la puerta de tu corazón y llamo. Por mucho tiempo he extendido mis manos a ti. Mi gracia está disponible. Aún hay morada en casa de mi Padre. Mi paciencia espera que muchos hijos de los hombres vengan al propiciatorio antes de que suene la última trompeta, que más perdidos regresen antes de que la puerta sea cerrada para siempre. ¡Oh, pecador, ven a mí!».

«Ven», es una palabra de promesa y de aliento. El Señor Jesús parece decir: «Pecador, tengo regalos preparados para ti, tengo algo de importancia eterna para derramar sobre tu alma. He recibido dones para los hombres, aun para los rebeldes. Tengo un perdón gratuito para el más impío, una fuente llena para el más sucio, una vestidura blanca para el más profano, un nuevo corazón para el más endurecido, sanidad para el quebrantado de corazón, reposo para el muy cargado, gozo para aquellos que lloran. ¡Oh, pecador, no es vana mi invitación! Todas las cosas están listas. ¡Ven a mí!».

Oye la voz del Hijo de Dios. No rechaces a Aquel que habla. Aléjate del pecado, que nunca te podrá dar placer real, y será amargo al final; sal de un mundo que jamás te satisfará.

¡Ven a Cristo! Ven, con todos tus pecados, independientemente de lo muchos y graves que sean, no importa cuán lejos de Dios puedas haber ido, y cuán provocativa haya sido tu conducta. Ven tal como eres: inepto, indigno, sin ninguna preparación. Tú no ganarás ninguna aptitud por retrasarte. ¡Ven ahora al Señor Jesucristo!

¿Cómo escapar?

¿Cómo podrás en verdad escapar si descuidas una salvación tan grande? ¿Dónde aparecerás tú si menosprecias la sangre de Cristo, y desafías al Espíritu de gracia? Es cosa horrible caer en manos del Dios vivo, pero nunca tan terrible como cuando los hombres caen bajo el Evangelio. El camino más triste al infierno es aquel que corre bajo el púlpito, más allá de la Biblia, y pasa por en medio de advertencias y de invitaciones. Oh, cuidado, no sea que, como Israel en Cades, llores sobre tu error cuando sea demasiado tarde; o, como Judas Iscariote, descubras tu pecado cuando ya no haya espacio para el arrepentimiento.

Levántate y clama al Señor. No seas como Esaú, no cambies las bendiciones eternas por las cosas de hoy. De seguro, el tiempo pasado fue suficiente para haber sido negligente, sin oración, sin Dios y sin Cristo, ocupado solo en lo mundano y terrenal. Ahora, el tiempo que resta puede ser ocupado en tu alma.

Ora, a fin de que puedas ser capacitado para abandonar los viejos caminos y puedas convertirte en un nuevo hombre. Anhele tu felicidad, y mi mayor deseo es que puedas ser hecho nueva criatura en Cristo Jesús. Esto es más que las riquezas, la salud o el honor. Un hombre puede conseguir el cielo sin éstas cosas, pero no puede llegar allí sin la conversión. Si tú mueres sin haber nacido de nuevo, te hubiera sido mejor nunca haber nacido. Ningún hombre vive de verdad sino hasta que él vive para Dios.

Te dejo mi pregunta. El Señor permita que ella sea una palabra oportuna para tu alma. Mi deseo y la oración de mi corazón a Dios es que puedas ser salvo. «*Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo*». Levántate, tú que duermes, y clama a Dios. Aún hay esperanza. No deseches sus misericordias. No pierdas tu propia alma.

BIBLIA

Claves para el estudio de la palabra

Juan

A.T. Pierson

Palabra clave: Vida

Versículo clave: 20:31

Juan complementa a los demás evangelios, aclarando toda duda sobre la divinidad de Jesús como Hijo, no solo de Abraham y de Adán, sino de Dios. Juan vivió hasta la época en que surgían las primeras herejías. Tal como Moisés confrontó las herejías acerca de la creación y llevó al hombre de regreso a su fuente en Dios, así también Juan confrontó todas las herejías sobre el Cristo, obrador de milagros y hombre perfecto, al declarar que en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios.

El Verbo es el título atribuido al Señor Jesús, como la perfecta expresión de la mente de Dios, lo visible revelando lo invisible. La naturaleza divina, eternamente existente en forma de espíritu, mostrada en la creación, es plenamente manifiesta en forma corpórea en la persona de Cristo.

Juan no polemiza, sino que rebate, indirectamente, las herejías de su época, en especial el gnosticismo, y completa las narrativas de los otros evangelios.

Este evangelio toca el corazón de Cristo; nos lleva más allá del velo, al Lugar Santísimo, lo más íntimo del templo, la gloria de Dios. El gran tema es la manifestación divina en Cristo, así como en los escritos de Pablo el tema principal es la reconciliación divina a través de Cristo.

Este libro es un profundo vislumbre de la verdad y persona de nuestro Señor. Hay preciosos registros de sus discursos y metáforas. La oración intercesora es uno de sus rasgos característicos.

La vida a través del creer es declarada como el fin práctico de este libro, y desde la primera mención de Vida (1:4), hasta la última (20:31), hay un desarrollo gradual de este tema, donde cada nueva referencia envuelve un nuevo pensamiento.

División:

1. Jn. 1:1-18 Introducción. Prólogo.
2. Jn. 1:19-12:50 Manifestaciones a los judíos, samaritanos y galileos.
3. Jn. 13-19 Pasión y muerte de Cristo.
4. Jn. 20-21 Resurrección y epílogo.

Símbolos de la servidumbre y la redención de Israel

A.B. Simpson

Aunque las Sagradas Escrituras son un relato literal e histórico; con todo, por debajo de la narración, hay un significado espiritual más profundo.

El Cordero pascual

En el pasaje de Éxodo 12:1-14 vemos cómo el Señor señaló el punto de partida de su historia nacional, con la marca carmesí de la redención. Y lo mismo, para la iglesia del Nuevo Testamento y para cada alma redimida, el comienzo de los meses es la cruz del Calvario y la sangre derramada y rociada. El Cordero pascual no era sino un sumario de la antigua ordenanza de todos los tipos sacrificiales que ya habían sido instituidos durante casi treinta siglos.

La selección del cordero el día diez del mes, y el que fuera conservado hasta el catorce, sugiere indudablemente la venida de Cristo en la plenitud de los tiempos y los tres años y

medio de su ministerio público después de haber sido separado para su obra redentora por el bautismo y en tanto esperaba el cumplimiento de su sacrificio.

La muerte del cordero ante toda la asamblea de los hijos de Israel nos recuerda cómo Jesús fue entregado por el concilio de su pueblo y condenado formalmente a muerte en manos de los romanos. La ocasión de la muerte corresponde al sacrificio del Calvario. La sangre rociada expresa nuestra aplicación personal de los méritos de su muerte, y la eficacia de la sangre en evitar el golpe del ángel vengador se cumple en la seguridad en la cual nos pone la redención, y la completa justificación y aceptación

del alma que ha hallado refugio en la preciosa sangre.

La carne del cordero nos recuerda que Cristo no es solo nuestro sustituto, sino también la misma sustancia y subsistencia de nuestra vida espiritual por medio de su unión y comunión viva con nosotros. Tal como era comido la misma noche en que era inmolado, así nos alimentamos de Cristo a partir del momento en que le hemos aceptado.

El pan sin levadura nos ayuda a recordar que nuestra fe más santa no deja lugar para la indulgencia con el pecado, sino que requiere que nos apartemos de toda iniquidad si queremos reclamar la sangre redentora. Y las hierbas amargas presentan la historia del arrepentimiento y contrición en la vida del alma perdonada.

Así, pues, esto era la base de su redención y el precio de la nuestra. *«...en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia»* (Ef. 1:7). *«...no con cosas corruptibles como oro y plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros»* (1ª Ped. 1:18-20). *«Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre ... sea gloria e*

imperio por los siglos de los siglos» (Apoc. 1:5-6).

¿Hemos aprendido a unir el cántico de Moisés y el cántico del Cordero? ¿Estamos reposando sobre la carne del Cordero pascual? ¿Es nuestro pan sin levadura? ¿Llevamos puestas las sandalias, tenemos el bordón en la mano y ha empezado ya nuestro peregrinaje? ¿Estamos seguros de que la sangre ya está en la puerta?

Una leyenda hebrea cuenta que una niñita insistía en aquella primera noche de Pascua: «Padre, ¿estás seguro de que está la sangre en la puerta?». Miraron y vieron que había descuidado hacerlo. Con celeridad, rociaron los postes y el dintel, y el corazoncito de la niña se calmó en tanto que esperaba el comienzo del viaje. ¡Oh, si alguien que lee estas líneas se halla aún en Egipto, bajo el ala negra de la noche y el juicio, apresúrese a aplicarse la sangre!

El manso Cordero se halla a tu lado. Durante un tiempo ofrece su seno a la muerte, y su sangre para lavar tu pecado. Un clamor de penitencia, una mirada sincera, un toque de fe simple, y has pasado a su protección de vida y muerte. La una anulará tu culpa, la otra avivará y guardará tu vida futura en un pacto de amor y cuidado. Y esta hora será para ti el principio de los meses de tu historia eterna, y no serán olvidados ni cuando

ante el mar de cristal cantes el cántico de Moisés y el del Cordero.

Noten bien que la seguridad de Israel no dependía de sus sentimientos o méritos personales, sino de su actitud respecto al cordero y la sangre. Así, querido lector, tu futuro eterno depende absolutamente de tu relación con el Señor Jesucristo. «*El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él*» (Juan 3:36). Fuera de la protección de la sangre, estás perdido, seas quien seas y dondequiera que estés. Bajo el dosel rociado estás tan seguro como un ángel y eres tan amado para Dios como su único y precioso Hijo.

El pasaje del Mar Rojo

En Éxodo 14:8-31, tenemos el sublime tipo de nuestra salvación, repetido cada vez de nuevo en cada gran liberación que viene a la vida de la fe. Los principios son siempre los mismos. Solo Dios ha de librar, y hemos de dejarle a él, cesando en nuestras obras, confiando ciegamente en él, obedeciéndole sin temor y siguiéndole.

Esta es la hermosa figura de la entrega de fe, cuando el alma viene temblando a Cristo en busca de salvación. Perseguida por sus pecados y sus implacables adversarios, ve el camino cerrado adelante, y no puede retro-

ceder. Entonces vienen las benditas palabras: «*No temáis; estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros ... Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos*» (Éx. 14:13-14).

Nuestro primer acto tiene que ser cesar en nuestros propios esfuerzos por salvarnos; el siguiente, tener la mirada fija en Dios, y el tercero, seguir adelante, no en el desasosiego del esfuerzo propio, sino en simple obediencia a su guía y en la confianza en su promesa. Puede que no haya camino, sino el mar bravío, pero el alma puede entregarse con toda seguridad a Él, y al instante dar un paso en las tinieblas del futuro inevitable, para encontrar una vía de redención y victoria.

La carne del cordero nos recuerda que Cristo no es solamente nuestro sustituto, sino también la misma sustancia y subsistencia de nuestra vida espiritual por medio de su unión y comunión viva con nosotros.

Así hemos de actuar en las grandes crisis de dificultad y peligro a lo largo del curso de la vida. Ante ellas, nuestras primeras expresiones son generalmente de desconfianza y temor, como el pobre Israel que huía. Y nuestro mayor peligro es que estemos tan agitados y activos en nuestros esfuerzos desahogados por salvarnos a nosotros mismos, que Dios no pueda ayudarnos realmente. Por tanto, su palabra reitera que estemos quietos. Hemos de cesar en absoluto en nuestros intentos, angustia y precipitación, y dejar que el Señor se haga cargo de la situación.

Luego, hemos de poner nuestros ojos en él, y ver Su salvación, sabiendo que él luchará por nosotros, y al hacerlo hemos de continuar en silencio. No debemos tener temor, sino reposar en el Señor y esperar en él con paciencia. Luego vendrá el momento de emprender la marcha y nuestro progreso será seguro y efectivo. Es posible que no haya un camino visible y tengamos que avanzar durante un rato por terreno inundado; pero hallaremos tierra seca al proseguir adelante, y en la otra orilla entonaremos el cántico que saben solo los que han aprendido a confiar en medio de la oscuridad y cantan en la noche.

El paso del Mar Rojo no es solo símbolo de la entrega de fe, sino también de la muerte y resurrección. «...y *todos en Moisés fueron bautizados en*

la nube y en el mar» (1ª Cor. 10:2). Expresa la idea radical del bautismo de modo muy vívido, a saber, la muerte y la vida de resurrección. Fue una tumba aparente, como nuestro bautismo y, con todo, solo aparente, porque ellos hallaron tierra sólida bajo sus pies.

Y, no obstante, fue realmente muerte para sus enemigos. De este modo pasamos a estar unidos a Cristo en su muerte y en su resurrección. Las únicas cosas que mueren son nuestros enemigos espirituales, y en la orilla del otro lado vemos a los egipcios ya muertos, impotentes para dañarnos de nuevo. De esta manera, Dios nos permite que enterremos nuestros pecados, nuestras vidas pasadas, y aun el mundo de Egipto que nos había esclavizado y degradado. Este es el glorioso significado de la cruz de Cristo.

Una vez más, amado, ¿dónde te encuentras entre estas figuras de la redención? ¿Hemos cesado en nuestras propias obras y aceptado la salvación del Señor? ¿Hemos ido adelante en plena entrega de fe iniciando como ellos nuestro peregrinar cristiano? ¿Hemos muerto al pecado y está nuestra culpa enterrada en las profundidades del mar? Es más, ¿hemos muerto al espíritu del yo y del mundo, dejando el espíritu de Egipto atrás para siempre? ¿Estamos viviendo en el lado de la cruz que mira hacia

Canaán? ¿Hemos aprendido el secreto de la liberación en los lugares estrechos de la prueba estando quietos por la fe en la intervención de Dios?

Sigamos adelante, como resultado de estas meditaciones, con una visión más clara de nuestra redención completa, nuestra línea de demarcación eterna y separación del mundo, nuestra vida de resurrección real y nuestras gloriosas perspectivas que ahora empiezan, entre las enseñanzas de estos antiguos tipos, nuestro peregrinaje cristiano.

El cántico de Moisés

Solo queda añadir como conclusión que el cántico de Moisés y de Miriam al otro lado del mar de Egipto es la nota clave del cántico de salvación de toda alma redimida, el cántico que inspira toda visitación de la providencia de Dios y el cántico de Aquel en el

cual todas estas notas serán reunidas entre los coros de la gloria.

¿Hemos aprendido este primer cántico en Isaías 12? *«Cantaré a ti, oh Jehová; pues aunque te enojaste contra mí, tu indignación se apartó, y me has consolado. He aquí Dios es salvación mía; me aseguraré y no temeré; porque mi fortaleza y mi canción es JAH Jehová, quien ha sido salvación para mí».*

Si hemos aprendido el cántico de liberación, tendremos nuestra parte en aquel coro más grande donde la multitud que nadie puede contar, de toda nación, lengua, pueblo y tribu, cantará a gran voz: *«La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero ... El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza»* (Apoc. 7:10; 5:12).

CANTAR VS. CREER

Hace muchos años estuve en un pueblo del norte de Escocia, en donde sólo cantaban los Salmos. Tenían una iglesia en la que cabía todo el pueblo de unas dos mil quinientas almas, y creo que jamás he oído cantar tan bien el Salmo veintitrés. «Jehová es mi Pastor,» como en esa ocasión. Era realmente maravilloso. Terminé de predicar, y dije: — ¿Cuántos de los que cantaron tan bien este salmo lo hicieron de corazón? Me gustaría que todos los que lo hicieron de corazón se pusieran de pie y lo cantaran de nuevo.

Nunca he oído cantar tan mal. No creo que fueron más de cincuenta las personas que se pusieron de pie. Una cosa es cantar, «Jehová es mi Pastor,» y otra cosa es creerlo. ¿Es realmente Jehová tu pastor?

D.L. Moody

La salvación de la casa

Watchman Nee

Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica

«Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa» (Hech. 16:31).

La mayoría de las cosas poseen una unidad fundamental; en el caso de la salvación, la unidad básica es la casa. En la Biblia, vemos que Dios da muchas promesas con respecto a sus tratos con los hombres. Si conocemos estas promesas, seremos beneficiados en gran medida; si no es así, sufriremos pérdida. La promesa que Dios da con respecto a la salvación tiene como unidad básica a la familia, no a un individuo. Se debe recordar esto a los nuevos creyentes, porque resolverá muchos problemas y les traerá gran provecho.

La unidad de salvación

Cuando la Biblia habla de la vida eterna, toma siempre al individuo como la unidad; nunca toma a una casa como la unidad. Pero, cuando se ocupa de la salvación, considera en realidad a la casa en lugar del individuo. Debemos ver que la unidad de la sal-

vación es la casa, en tanto que, para la vida eterna, es el individuo.

El principio básico de la Biblia es que la salvación de Dios es para la familia. Ahora examinemos las pruebas en el Antiguo y en el Nuevo Testamento.

Ejemplos del Antiguo Testamento

I. La casa entera entró en el arca

«Dijo luego Jehová a Noé: Entra tú y toda tu casa en el arca» (Gén. 7:1). «...en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua» (1ª Ped. 3.20b).

El arca no era para una persona, sino para toda la casa. La Biblia afirma que aquel hombre llamado Noé era justo delante de Dios, pero en ninguna parte se registra que los hijos y las nuerras de Noé eran justos. Solo se refiere a Noé como un hombre justo. Sin embargo, cuando Dios preparó su

salvación para Noé, él ordenó a toda su familia que entrara en el arca. El arca utilizó la casa en lugar del individuo como su unidad.

Un nuevo creyente debe traer toda su casa al arca. Tú puedes orar: «Señor, yo he confiado en ti. Ahora te pido que recibas a toda mi familia, porque tú has dicho que toda mi casa puede entrar». Dios considerará tu fe y dará entrada a toda tu casa.

2. Un cordero pascual para cada casa

«Hablad a toda la congregación de Israel, diciendo: En el diez de este mes tómese cada uno un cordero según las familias de los padres, un cordero por familia ... Y tomarán de la sangre, y la pondrán en los dos postes y en el dintel de las casas en que lo han de comer» (Éx. 12:3, 7).

Sin duda alguna, el cordero pascual era para la casa, no para un individuo. Esto nos muestra cuán importante es la casa a los ojos de Dios. El cordero era inmolado no solo a favor de una persona sino de la familia entera, y su sangre era puesta en la puerta para que aquel hogar fuese preservado. El ángel, el destructor, pasaría por alto la casa que tenía la sangre en la puerta.

Cuán maravilloso es que la salvación que el Señor Jesucristo ha preparado es como el cordero pascual para toda la casa entera. Es para que la familia coma el cordero y aplique la sangre.

Toda la familia junta recibe la salvación del Señor.

3. Un hogar guardado por un cordón de grana

«Cualquiera que saliere fuera de las puertas de tu casa, su sangre será sobre su cabeza, y nosotros sin culpa. Mas cualquiera que se estuviere en casa contigo, su sangre será sobre nuestra cabeza, si mano le tocare» (Jos. 2:19).

«Y será la ciudad anatema a Jehová, con todas las cosas que están en ella; solamente Rahab la ramera vivirá, con todos los que estén en casa con ella, por cuanto escondió a los mensajeros que enviamos» (Jos. 6:17).

En el caso de Rahab la ramera, la casa entera también fue preservada. ¿Por qué? Porque ella ocultó a los mensa-

Cuando prediques el evangelio, presta atención a la salvación de la casa. No esperes que solo sean salvos los individuos. Si realmente crees y esperas más, tu labor experimentará un gran cambio.

jeros. Dios le dio una señal – ella debía atar la cuerda escarlata en su ventana, y todos aquellos que estuviesen en el interior de la casa serían librados de la matanza. El resto de los habitantes de Jericó fueron todos ejecutados. La salvación estaba en la cuerda escarlata, pero ésta libró no solo a Rahab, sino también a su casa.

El alcance de la salvación es bastante claro – es toda la casa. En el capítulo 2 de Josué, vemos la promesa; en el capítulo 6, el cumplimiento práctico. Así como fue la promesa, fue la realidad. Por lo tanto, toda la casa de Rahab fue salvada.

Ejemplos del Nuevo Testamento

1. La casa de Zaqueo

Y, ¿qué decir de Zaqueo? *«Jesús le dijo: Hoy ha venido la salvación a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abraham»* (Luc. 19:9).

¡Cuán maravilloso es que el Nuevo Testamento proclame el mismo principio! Pensamos generalmente en la salvación como viniendo al individuo. Tal vez muchos han predicado esa forma. Pero el Señor declara que «la salvación ha venido a esta casa».

Cuando prediques el evangelio, presta atención a la salvación de la casa. No esperes que solo sean salvos los individuos. Si realmente crees y esperas más, tu labor experimentará un gran cambio.

Quisiéramos que familias enteras sean convertidas. Mucho depende de tu fe y expectativa. Si tú esperas que los incrédulos vengan al Señor uno a uno, vendrán uno a uno. Pero si crees en su venida casa por casa, lo lograrás casa por casa. El alcance de la salvación de Dios es la casa; no reducamos ese ámbito.

2. La casa de Cornelio

«...un hombre piadoso y temeroso de Dios con toda su casa, y que hacía muchas limosnas al pueblo, y oraba a Dios siempre» (Hech. 10:2). *«Él te hablará palabras por las cuales serás salvo tú, y toda tu casa»* (Hech. 11:14).

Cornelio invitó a sus parientes y amigos para que oyeran a Pedro. Mientras Pedro hablaba, el Espíritu Santo descendió sobre ellos, y todos los que estaban reunidos en su casa fueron salvos.

Ésta es una tremenda demostración de que Dios trata con las familias y no solo con individuos.

3. La casa de Lidia

«Y cuando fue bautizada, y su familia, nos rogó diciendo: Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, entrad en mi casa, y posad. Y nos obligó a quedarnos» (Hech. 16:15).

Los apóstoles predicaron el evangelio a la familia de Lidia y ellos creyeron y fueron bautizados.

4. La casa del carcelero filipense

«Ellos dijeron: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa» (Hech. 16:31).

Este es uno de los versículos bíblicos más famosos en la cristiandad. Cree en el Señor Jesús y serán salvos, tú y tu familia. No creo que podamos objetar esta declaración. La palabra de Dios no dice: «Cree en el Señor Jesucristo y tendrás vida eterna, tú y tu casa», sino: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa».

5. La promesa es para ti y para tus hijos

Ya hemos visto cómo fue abierta la puerta del evangelio para los gentiles en la salvación de la casa de Cornelio. Volvamos atrás, para examinar ahora la situación en Pentecostés.

«Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para to-

dos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare» (Hech. 2:39).

La promesa dada en Pentecostés es que el pecado del hombre puede ser perdonado y él puede recibir el Espíritu Santo. Esta promesa es para tus hijos así como para ti. Por lo tanto, es de especial importancia para los padres de familia de hoy apropiarse de esta promesa, diciendo: «Esta promesa fue dada para nosotros y para nuestros hijos. No es para nosotros de modo exclusivo, porque nuestros hijos pueden poseerla junto con nosotros».

Si en verdad creemos, el Señor obrará. El camino es claro: Dios nos bendecirá como familia. La salvación de la casa es un enorme principio – si alguien cree, toda su casa será salva. Permanece firme delante de Dios, para que toda tu casa pueda ser transformada.

IMPROVISADOR DE ZAPATOS

El Dr. Carey, el misionero pionero en la India, que, antes de dejar su país, era un zapatero, solía andar de pueblo en pueblo predicando, porque su alma estaba llena del amor de Dios.

Un día, un amigo vino a él y le dijo: «Carey, quiero hablar contigo algo muy serio». «Bueno», dijo Carey, «¿de qué se trata?». El amigo respondió: «Por ir a predicar como tú lo haces, estás descuidando tu negocio. Si solo lo atendieras un poco más, pronto prosperarías, pero estás simplemente descuidando tu negocio». «¿Descuidar mi negocio?», dijo Carey, mirándolo fijamente. «Mi negocio es extender el reino de Dios. Sólo improviso zapatos para pagar los gastos».

Gospel Herald

Ciencia y cristianismo: ¿conflicto o coherencia? (2)

Dr. Henry F. Schaefer III

Se sigue afirmando que la ciencia y la fe no son compatibles. Más aun, se dice que no es posible ser científico y creyente. Este artículo nos demuestra lo contrario.

La ciencia es por naturaleza una actividad tentativa

El personaje de un conocido cómic dice: «Lo más deprimente es la realidad de que todo lo que creemos ahora será refutado en pocos años». Espero que no sea cierto en cuanto a mi trabajo en la química cuántica. No creo que sea así, pero sí que hay algo de verdad en esto porque la ciencia en sí es una actividad tentativa. Siempre llegamos a conclusiones que necesitan por lo menos, algo de perfeccionamiento.

Alguien que desde luego no es admirador del cristianismo que confesaban Faraday y Maxwell ha dicho: «Las decisiones religiosas de Faraday y de Maxwell eran evasiones efectivas,

aunque no elegantes, de los problemas sociales que distrajeron y destruyeron la calidad del trabajo de muchos de sus contemporáneos más capaces».

Lo que está diciendo es que por ser cristianos Maxwell y Faraday no se convirtieron ni en alcohólicos ni en mujeriegos como aparentemente hicieron sus capaces colegas.

Los químicos orgánicos

William Henry Perkin

Necesito meter aquí un poco de química orgánica para que mis colegas del lado orgánico sepan que también a ellos les he hecho algo de caso. William Henry Perkin fue quizás el primer gran científico de la química

orgánica sintética. Descubrió el primer colorante sintético y se ha puesto su nombre a las transacciones Perkins de la Sociedad Real de Londres. Vendió una empresa próspera y se jubiló para realizar investigaciones privadas y para desarrollar iniciativas misioneras a la edad de 35 años en el año 1873.

George Stokes

Podemos leer de George Stokes en cualquier número de la revista Journal of Chemical Physics (Boletín de la química física), la mejor revista en mi campo. En números recientes, la «Coherent Anti-Stokes Raman Spectroscopy» (CARS) [Espectroscopia Raman Anti-Stokes Coherente] ha sido el tema de mucha polémica. Stokes es uno de los grandes pioneros de la espectroscopia, el estudio de fluidos y de la fluorescencia. Ocupó una de las posiciones más distinguidas en el mundo académico durante más de cincuenta años, la Cátedra Lucasiana de la Matemática en Cambridge - la misma posición ocupada por Sir Isaac Newton y ahora por Stephen Hawking. También era presidente de la Sociedad Real de Londres.

Stokes no solo escribió de la química orgánica; sino también escribió sobre la teología natural. Sobre los milagros, Stokes dijo: «*Si admites la existencia de un Dios personal, en seguida entra la posibilidad de los mila-*

gos. Si las leyes de la naturaleza funcionan según su voluntad, él que las hizo existir, puede suspenderlas».

William Thomson

William Thomson fue conocido más tarde como Lord Kelvin. Thomson fue un científico fantástico. Ha sido reconocido como el mejor científico físico y el mejor profesor de ciencias de su época. Sus primeros trabajos sobre el electromagnetismo y el calor son una prueba duradera de su genio científico. Era un cristiano de una fe muy fuerte en Dios y en la Biblia. Dijo: «*No tengáis miedo de ser libres pensadores. Si piensas con suficiente fuerza, la ciencia te obligará a creer en Dios*».

J. J. Thomson

En 1897, J. J. Thomson descubrió el electrón. Fue el catedrático Cavendish de física en la Universidad de Cambridge.

El antiguo laboratorio Cavendish está ubicado en medio del campus universitario de Cambridge. Tantas cosas se descubrieron allí que lo convirtieron en museo. Quince premios Nobel fueron el resultado de los trabajos que se realizaron allí. Sobre la puerta se encuentra esta frase en latín: «***El temor de Jehová es el principio de la sabiduría***». Un nuevo laboratorio Cavendish fue construido en el campo. Sin embargo, también lleva sobre su puerta esta misma frase de Pro-

verbios, pero en inglés en vez de en latín.

J. J. Thomson dijo lo siguiente en *Nature*: «*A lo lejos se distinguen cimas [científicas] aún más altas que concederán a los que las conquistan todavía más posibilidades, y que profundizará en ellos la sensación cuya verdad es enfatizada por cada avance de la ciencia, que las obras del Señor son grandes*».

Los químicos teóricos

Charles Coulson

Charles Coulson es uno de los tres arquitectos principales de la teoría de la órbita molecular. Habría recibido el Premio Nobel, pero no aprobó la primera prueba. La primera prueba para recibir el Premio Nobel es llegar a los 65 años. La segunda es la de haber hecho algo importante a eso de los treinta y pico. Coulson realizó trabajos muy significativos a los treinta y algo, pero como murió a los 64, se descalificó de recibir el Premio Nobel. Coulson, que fue catedrático de matemáticas en la Universidad de Oxford, durante muchos años fue también pastor laico de la iglesia metodista. Fue un vocero para los cristianos que trabajaban en las ciencias académicas y fue quien acuñó el término de la teología del «*Dios de las brechas*».

En las memorias biográficas de la Sociedad Real posteriores a la muerte

de Charles Coulson, leemos una descripción de su conversión a la fe en Jesucristo en 1930 como estudiante con 20 años de edad en la Universidad de Cambridge. Coulson dio el siguiente testimonio: «*Éramos unos diez estudiantes que juntos buscábamos a Dios, y juntos lo encontramos. Aprendí por primera vez en mi vida que Dios era mi amigo. Dios se hizo para mí absolutamente real. Lo conocía, y podía hablar con Él como nunca me lo había imaginado antes, y mis tiempos de oración fueron el momento más glorioso del día. La vida tenía un propósito, y ese propósito afectaba todo*».

La experiencia de Coulson fue muy semejante a la que yo tuve en Berkeley. Me gustaría poder decir que oí truenos desde los cielos y que Dios me habló en una voz audible, y por eso me convertí al cristianismo. Pero no fue así, pero sí tuve esta misma percepción de la que habla Coulson: «*Un sentido de propósito y una percepción más aguda de los colores de la vida*».

El sucesor de Coulson como químico teórico de Oxford, fue **Norman March**, un buen amigo mío. También es pastor laico metodista.

Robert Griffiths

Robert Griffiths, miembro de la Academia Estadounidense de las Ciencias, y catedrático de física Otto Stern

en la Universidad Carnegie Mellon, recibió uno de los premios más buscados de la Sociedad Americana de Física en 1984 por su trabajo en la física mecánica y en la termodinámica. La revista *Physics Today* (La física hoy) reveló que es cristiano evangélico y teólogo de afición y que ayuda a enseñar una clase sobre el cristianismo y la ciencia. Él dijo hace poco: *«Si nos hiciera falta un ateo para celebrar un debate, yo acudiría a la facultad de filosofía; la de física no nos podría ayudar en eso».*

En la Universidad de Berkeley, entre **55** profesores de química, solo **uno** se quería identificar como ateo, mi buen amigo Bob, con quien sigo teniendo muchas conversaciones sobre las cosas espirituales.

Richard Bube

Durante muchos años, Bube fue director del departamento de la ciencia material en la Universidad de Stanford y realizó trabajos fundamentales sobre la física de los estados sólidos referente a los semiconductores. Dijo lo siguiente: *«Proporcionalmente hay tantos camioneros ateos como científicos ateos».*

John Suppe

Fue miembro de la Academia Estadounidense de las Ciencias y profesor notable de geología en Princeton; fue experto en el campo de la tectónica, y como catedrático emprendió una

Hay una tradición riquísima de científicos distinguidos que fueron y que son cristianos.

larga búsqueda de Dios. Empezó a asistir a los servicios religiosos en la capilla de Princeton, y a leer la Biblia y otros libros sobre el cristianismo. Se entregó a Cristo y experimentó por primera vez el compañerismo cristiano en Taiwán, donde sirve de catedrático visitante. Dice: *«Algunos cristianos no científicos, cuando conocen a un científico, quieren en seguida iniciar un debate sobre la evolución. Esto es una equivocación muy grave. Si Ud. se diera cuenta de los problemas que los científicos experimentan en sus vidas: el orgullo, la ambición egoísta, los celos, diría que son exactamente las cosas que Jesús quería solucionar por medio de su muerte en la cruz. El campo de la ciencia está lleno de personas con personalidades muy fuertes que a menudo se meten en conflicto las unas con las otras. El evangelio es lo mismo para los científicos que para los demás. El tema de la evolución es simplemente una distracción. Si un científico está buscando el significado de la vida, no lo va a encontrar en la teoría de la evolución. Nunca he conocido a una persona no cristiana que quisiera entrar*

en debate conmigo sobre la evolución».

Charles H. Townes

Para mí, el científico del siglo es Charlie Townes. (Por supuesto es amigo mío y a lo mejor tengo prejuicios.) Pero hizo algo bastante importante cuando descubrió el láser. Casi ganó su segundo Premio Nobel por la primera observación de una molécula interestelar. Ha escrito su autobiografía, que se titula Making Waves [Levantando olas] (un juego de palabras que se refiere al fenómeno de la forma ondulada de los láseres, y que en inglés también quiere decir «causando problemas»).

Aquí incluyo un extracto de la historia de su vida: *«Usted preguntará: ¿Y qué tiene que ver Dios con esto?, y para mí es casi una pregunta sin sentido. Si usted cree en Dios, no hay un «dónde» – siempre está allí, en todos los sitios... Para mí, Dios es personal y a la vez omnipresente. Es una gran fuente de fuerza, y ha hecho una gran diferencia en mi vida».*

A los ochenta años, Charlie Townes sigue con un programa muy activo de investigaciones en Berkeley.

Arthur Schawlow

Schawlow ganó el Premio Nobel de Física en 1981, es catedrático de física en la Universidad de Stanford, y admite abiertamente su cristianismo.

Él formula esta declaración, que para mí solo la puede decir un científico: *«Somos muy afortunados porque tenemos la Biblia, y sobre todo el Nuevo Testamento, que nos dice tanto sobre Dios en términos asequibles y humanos».*

Allan Sandage

El cosmólogo observacional más grande del mundo, es astrónomo en el Instituto Carnegie. El periódico The New York Times le llamaba El Gran Viejo de la cosmología cuando ganó un premio de un millón de dólares de la Academia Real Sueca de las Ciencias. Dijo: *«La naturaleza de Dios no se puede encontrar en ninguno de los descubrimientos de la ciencia. Para eso, hay que acudir a las Escrituras».*

En un libro, le hicieron a Sandage la clásica pregunta, ¿es posible ser científico y cristiano? y él respondió, sí, yo lo soy. Sandage era de etnia judía, y se convirtió al cristianismo a los cincuenta años, y si esto nos confirma que nunca es tarde, ¡entonces no sé cuándo podría hacerlo!

Este hombre es el responsable de las mejores estimaciones sobre la edad del universo: unos 14 mil millones de años. Pero cuando le piden a este cosmólogo brillante que explique cómo es posible ser científico y cristiano a la vez, en vez de acudir a la astronomía, acude a la biología: *«El mundo es demasiado complejo en*

todas sus partes e interconexiones como para ser el resultado de un accidente fortuito... Estoy convencido de que la existencia de la vida con todo su orden y con cada uno de sus organismos está simplemente demasiado bien armada».

William Phillips

Ahora en el campo de la física, es posible ser mucho más joven y recibir el Premio Nobel. Phillips no tiene ni 50 años, y ya lo tiene. Fue reconocido su desarrollo de métodos para enfriar y atrapar átomos con luz de láser. En una rueda de prensa después del anuncio de que había ganado el Premio Nobel, Phillips dijo: *«Dios nos ha dado un mundo increíblemente fascinante en que vivir y para explorar».*

Según The New York Times, Phillips *«canta en un coro gospel que él mismo formó en la iglesia Fairhaven United Methodist Church, una congregación multirracial de unos 300 miembros en Gaithersburg, Maryland (EE.UU.). También enseña una clase de la escuela dominical y lleva estudios bíblicos».* Si usted sigue leyendo el artículo, verá que cada sábado por la tarde, va en coche con su mujer al centro de Washington, D.C. para recoger a una anciana ciega afroamericana, de 87 años, para ayudarla a hacer las compras y luego llevarla a comer.

David Cole + Francis Collins

Ya que mi área de conocimientos queda justo entre la química y la física, no puedo hablar con tanta seguridad del campo de las ciencias biológicas. Sin embargo, mi compañero de muchos años, David Cole, bioquímico de Berkeley, y Francis Collins, pionero de la fibrosis cística, y Director del Proyecto del Genoma Humano, el proyecto científico más grande de la historia, son cristianos activos y bien conocidos.

¿Por qué hay tan pocos ateos entre los físicos?

Muchos científicos están considerando seriamente los hechos que ven a su alrededor. Dicen lo siguiente:

«El arreglo actual de la materia indica una selección muy especial de condiciones iniciales». —Paul Davies.

«En realidad, si consideramos todas las posibles constantes y leyes que podrían haber emergido, las probabilidades en contra de un universo que produjera la vida como el nuestro son inmensas». —Stephen Hawking.

«Una interpretación de los hechos, usando solo el sentido común, sugiere que un «súper-intelecto» ha jugado con la física, al igual que con la química y la biología, y que en la naturaleza no hay ninguna fuerza cie-

ga que cuente para algo». —Fred Hoyle.

Como escribió el apóstol Pablo en su Epístola a los Romanos: «*Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas*».

¿Por qué hay la percepción de una batalla continua?

La última pregunta que quiero hacer es ésta: ¿Por qué hay tanta gente que sigue creyendo que hay una batalla entre la ciencia y el cristianismo? No niego que haya un **debate**. Pero creo que, según los hechos, lo que Ud. piensa de Dios no depende de si tiene un doctorado en las ciencias.

Y ¿por qué a algunos les gusta pensar que esta supuesta batalla sigue con tanta furia? Yo creo que, en parte, es una falsa representación de la realidad. Permítanme darles un ejemplo. Andrew Dickson White fue el primer presidente de la Universidad de Cornell (estado de Nueva York, EE.UU.), la primera universidad estadounidense fundada sobre principios estrictamente seculares. (Todas las demás habían sido fundadas en el cristianismo.) En 1896 él escribió un libro famoso, *The History of the Warfare of Science With Theology*, (Historia de la guerra entre la ciencia y el cristianismo). Aquí les ofrezco un

extracto: «*Juan Calvino lo empezó en su comentario sobre Génesis al condenar a todos los que no aceptaban a la Tierra como el centro del universo. Remató el asunto al referirse, como de costumbre, al primer versículo del Salmo 93 preguntando: ¿Quién se atreverá a poner la autoridad de Copérnico por encima de la del Espíritu Santo?*».

¡Esto no le favorece mucho a Juan Calvino! Pero, ¿cuál es la verdadera historia detrás de todo esto? Alistair McGrath, el Conferenciante Brampton de la Universidad de Oxford, y quizás el más grande experto académico sobre Calvino, ha escrito hace poco una biografía erudita de Calvino, e investiga lo anterior con mucho detalle. Dice: «*Esta declaración de Calvino la repite hasta la saciedad cada escritor que alude al tema de la ciencia y la religión, como por ejemplo Bertrand Russell en su History of Western Philosophy (Historia de la filosofía occidental). Pero se puede decir con autoridad que Calvino nunca escribió esas palabras en su comentario sobre Génesis, y tampoco expresó ningún sentimiento semejante en ninguna de sus obras conocidas. La declaración de que sí lo escribió se encuentra sin evidencia en las obras de otros autores del siglo XIX*».

Sería justo preguntar qué es lo que creyó Calvino sobre la teoría

copernicana heliocéntrica del sistema solar. Pues, la respuesta es que no lo sabemos. Lo más seguro es que Calvino ni sabía de Copérnico. Su nombre no fue exactamente el tema de las conversaciones domésticas en Francia o en Suiza en el año 1520. Pero en el prefacio de su traducción del Nuevo Testamento al francés, Calvino escribió: *«El propósito principal de las Escrituras es el de llevarnos al conocimiento de Jesucristo, y después de conocerlo con todo lo que ello implica, deberíamos parar y no aspirar a aprender más».*

Conclusión

Espero que les haya dado una idea de la historia de la ciencia. Los que han tomado clases de química y de física en el primer año de la universidad reconocerán a muchas de las perso-

nas que he mencionado. En realidad, la razón por la que he preparado esta conferencia, es que estas personas representan perfectamente a los que he enseñado en tales clases.

Hay una tradición riquísima de científicos distinguidos que fueron y que son cristianos. Espero que mis investigaciones sean lo suficiente importantes como para incluirme a mí entre ellos. También espero que les haya dado la suficiente evidencia para que nunca más crean que es imposible ser científico y cristiano a la vez.

<http://tallerapologetica.blogspot.com/>

El Dr. Henry F. Schaefer III es catedrático y Director del Departamento de Química Cuántica Computacional en la Universidad de Georgia, USA. Ha sido nominado para el Premio Nobel y reconocido como el tercer químico más citado del mundo.

LOS ERRORES DE MOODY

Moody no sólo cometía errores gramaticales, sino de pronunciación. Alguien, que estaba celoso de su éxito, preguntó a Spurgeon qué pensaba de un hombre que era capaz de pronunciar la palabra «Jerusalén» en dos sílabas. El «príncipe de los predicadores» comprendió a quién se refería y rápidamente repuso: «Que me alegra saber que hay gente con tanta premura para predicar el evangelio que no tenga tiempo de pronunciar todas las sílabas».

DIOS ES AMOR EN TODOS LOS VIENTOS

Spurgeon estuvo en cierta ocasión visitando a un amigo en el campo. Vio que sobre uno de los graneros había colocado una veleta con la inscripción «Dios es Amor». Entonces le preguntó si con ese texto quería decir que el amor de Dios era tan cambiante como el viento. El hombre le respondió que no, que lo que quería decir era que Dios es Amor siempre, no importa de dónde soplen los vientos. (D.L. Moody).

Cartas de nuestros lectores

Sobre la venida del Señor

Así como mencionan los hermanos, hay una gran falta de anhelo por la venida del Señor entre el pueblo de Dios, y esta falta afecta mucho la manera en que andamos en el mundo como creyentes. Gracias de nuevo por su obra de amor en responder a la carga del Espíritu Santo al distribuir estos recursos. Son de mucha bendición para los santos.

Maury Bareford (USA).

Página web

Me encantan sus artículos, a pesar que hace muy pocos días encontré su página web. He leído muchos artículos que me gustaría poder utilizar en mis estudios bíblicos. Mi pregunta es cómo puedo utilizarlos sin atentar contra sus derechos de autor. No es mi intención apropiarme de sus temas, sino simplemente poder difundir sus magníficos contenidos con mucha más gente.

Marco Pomar.

Socorro oportuno

Aguas Vivas llega «siempre» en el momento oportuno. Es interesante como siempre el tema tiene relación con lo que está aconteciendo en nuestras vidas. Es evidente que nuestro Señor se ha procurado un instrumento en ustedes. Gracias por su

amor y dedicación. «No se cansen, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segarán». Oro a Dios para que siga bendiciendo su valiosa tarea y animarles a que continúen edificándonos. Gracias por estos más de diez años de amor, constancia y fidelidad; gracias por bendecirnos con cada página al exaltar y glorificar al Dios nuestro.

Nelson Gómez (USA).

Historia de la iglesia

Bendiciones a los hermanos del equipo de Aguas Vivas. En la serie Historia de la iglesia y Legado, he sido muy bendecido por ese tesoro de biografías y escritos de hombres extraordinarios del pasado que rindieron su vida al Señor Jesucristo. Muchas gracias por su trabajo.

Joel León (USA).

La dirección del Espíritu

Solamente quería felicitarlos por traer tanta bendición a través de sus pasajes. Ya desde hace un rato que los leo casi diariamente, y la verdad que se ve como el Espíritu los instruye y los dirige. Mi familia y yo les mandamos bendiciones y aliento para que sigan con tan hermosa labor. ¡Amor, gozo y paz, que el Señor viene pronto!

Pablo Vela (Costa Rica).

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

AGUAS VIVAS

Para la proclamación del Evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo

Año 15 · N° 73 · Enero - Febrero - Marzo 2014.

REDACCION: Rodrigo Abarca, Roberto Sáez, Marcelo Díaz, Gonzalo Sepúlveda, Álvaro Astete.

DISEÑO: Mario Contreras.